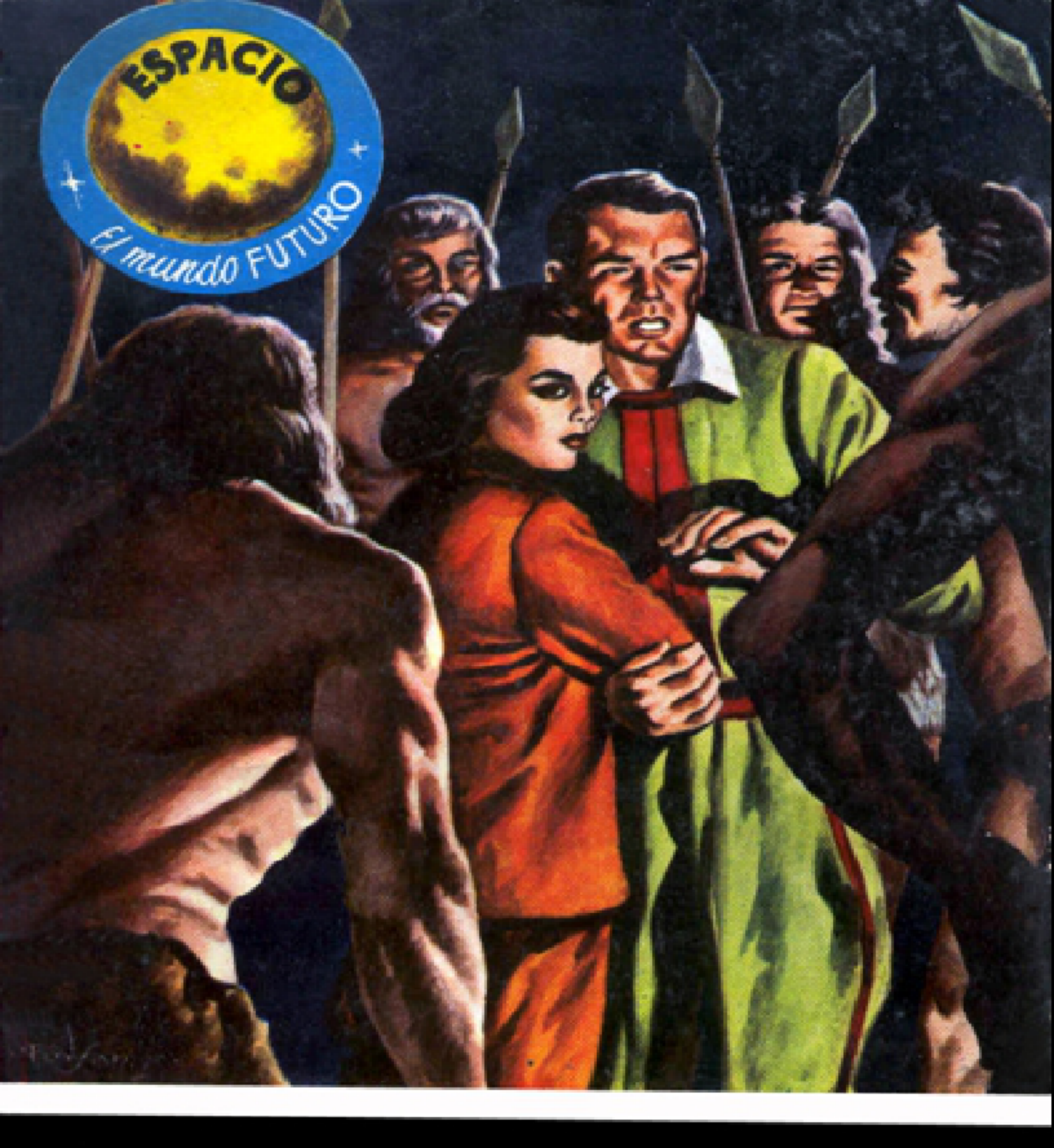


LA SED DEL ATOMO

CLARK CARRADOS

La sed del átomo

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/127

CAPÍTULO I

El desfile estaba llegando a su punto culminante. Después de haber pasado ante la tribuna central, llena de invitados ataviados con sus mejores galas, y en la cual se hallaba presidiendo el desfile el Protector, el grueso de las fuerzas de Ikenia, ya sólo faltaba el «clou» o número fuerte de la parada: la brigada de caballería.

La enorme multitud que había presenciado el desfile estaba ya ronca de tanto gritar y aclamar a las tropas que hablan pasado ante ella. Cuatro filas de soldados cubiertos de hierro de pies a cabeza, la famosa guardia pretoriana de Ikenia, dos a cada lado de la amplísima calzada, contenían a la ávida muchedumbre, realizando su cometido no sin grandes dificultades debidas a la natural ansia de los espectadores de presenciar de más cerca la parada.

Los últimos soldados habían pasado ya ante la tribuna cuando, sin necesidad de una especial advertencia, de modo unánime, se hizo el silencio. Un silencio denso, espeso, que cubrió a la multitud como un manto impalpable, pero no por ello menos efectivo.

Pasó un largo minuto y, de pronto, hicieron su aparición los primeros jinetes. Iba en cabeza el portaestandarte, llevando una larguísima asta, en la cual ondeaba airosamente el pabellón ikenio, blanco y negro, divididos los colores en grandes rombos, y llevando en un ángulo, sobre fondo rojo, el heráldico dibujo del animal emblema de la nación: un unicornio pardo.

Todos los jinetes iban montados en animales semejantes, de gran alzada, cuya presencia indicaba claramente la fuerza y el vigor que poseían aquellos cuadrúpedos, cuya única diferencia con el caballo consistía en el largo cuerno que les brotaba de la frente y alcanzaba

más de un metro de longitud. Para la solemnidad del día el cuerno había sido pintado de blanco y negro y de estos mismos colores eran las gualdrapas que los cubrían de la cabeza a la cola y que casi arrastraban por el suelo.

Después del portaestandarte, acogido con una explosión de jubilosas aclamaciones que sonó como el ruido de cien cañonazos a la vez, pasó el general Firk, comandante de la brigada, escoltado por un lucido estado mayor, y luego siguieron los escuadrones detrás de sus oficiales, en filas densas, apretadas, dando una sensación de fuerza y poderío incalculables. Los jinetes iban armados de largas lanzas que se apoyaban en el estribo, rematadas por pequeñas flámulas también blancas y negras, llevando al costado unos enormes sables curvos, afilados como navajas de afeitar y capaces de separar una cabeza del tronco con la mayor facilidad del mundo. Su armadura era ligera, pero difícil de traspasar, y la cabeza estaba cubierta por un casco que apenas si dejaba otra abertura en el rostro que la suficiente para la visión, colgando de su remate una larga cimera de crines blancas y negras que ondeaban al fresco aire de la mañana.

En uno de los lados de la tribuna, mezcladas con los numerosos asistentes al acto, se veían dos personas. Una de ellas era un hombre de mediana edad y porte distinguido, en cuyo rostro se veía claramente reflejado el hastío que le causaba la obligada asilencia a la parada. La otra era una mujer de singular belleza.

La mujer era de elevada estatura, pelo castaño y ojos grises. Los cabellos estaban recogidos en un ancho moño situado en la nuca y sujeto con un cintillo de diamantes que refulgían de modo deslumbrador. Vestía una larga túnica de tejido plateado, abierta por el hombro derecho y la rodilla izquierda, y ambas aberturas estaban aseguradas con sendos broches de rubíes, sin que dicha túnica poseyera ningún aditamento más, ni aun siquiera un cinturón que la sujetara al que se adivinaba esbelto talle de la mujer.

Ésta, por el contrario, contemplaba ávidamente el espectáculo, llenándose las pupilas del maravilloso espectáculo que era el desfile. Sin embargo, su atención no fue obstáculo para que captara un leve pero significativo gesto de aburrimiento del que parecía ser su acompañante.

-Procure contenerse y ser discreto, sir David -dijo en voz muy baja, con tono de reproche, sin necesidad de mirar a su acompañante.

-Si usted hubiera presenciado ya diez paradas como ésta, a buen

seguro que estaría deseosa de que todo concluyera cuanto antes.

-No obstante, hay que recordar en todo momento la posición que se ostenta, sir David. ¿O ya se le ha olvidado completamente que es el embajador del Sistema Solar?

-Condenado cargo -masculló el hombre-. ¡Embajador del Sistema Solar! Una sinecura... que dejaría muy gustoso ahora mismo.

La mujer emitió una pálida sonrisa.

-¿Qué haría entonces de sus pretensiones al gobierno de uno de los planetas del sistema, sir David? Éste es ya casi el último peldaño, y si dejase de repente la embajada...

-A veces pienso que la embajada de Ikenia es un purgatorio muy duro para alcanzar uno de esos gobiernos, lady Martha. Sí; es muy probable que me lo concedan, pero ¿cuál? Pueden enviarme a Mercurio, a tostarme vivo... o acaso a Júpiter, a vivir entre cordilleras hechas de gases helados... o también a Saturno, corriendo cada día el riesgo de que le alcance a uno en la cabeza cualquier trozo de esos anillos de los que se desprenden a diario... ¡No, por las barbas del profeta!

-Para el que ha escogido la carrera política, sir David, todos los sacrificios deben parecerle pocos -sonrió la mujer-. Y esta embajada...

-Esta embajada -gruñó el hombre- es la que nadie quiere, lady Martha. Ya sabe usted que en Ikenia hay dos cosas odiadas hasta más allá del limite de las fuerzas humanas: los perros... y los terrestres. Con eso está dicho todo.

-Pero nadie se ha atrevido hasta ahora a hacer una demostración hostil a nosotros, ¿verdad?

Sir David, el embajador del Sistema Solar, lanzó una corta pero sarcástica carcajada.

-¡Cómo se nota que es usted recién llegada a Ikenia, lady Marina! Continuamente se están recibiendo en la embajada anónimos cuya sola lectura pone los pelos de punta; panfletos aptos para lavar los estómagos de los envenenados y... Bien, ¿para qué seguir? Además, yo soy de los convencidos de que en cualquier momento va a estallar aquí algo, y muy gordo. De buena gana cogería la primera astronave y me largaría de vuelta a mi país. Allí se vive, lady Martha.

-Pero no se destaca -dijo ella suavemente.

Sir David lanzó un suspiro.

-Eso es cierto, y no se pueden tener las dos cosas a la vez. De todas formas, un día...

-¿Tan pesimista es usted?

Sir David asintió.

-Lo mejor que usted puede hacer, lady Martha, es realizar su misión cuanto antes y tomar la primera astronave de vuelta. Va a llover mucho, muchísimo, y una nave espacial será el mejor paraguas.

La mujer sonrió imperceptiblemente. Francamente, las aprensiones del embajador le parecían ridículas, pero no quiso demostrarle sus sentimientos. Además, no había más que ver lo que estaba ocurriendo ante ellos: el pueblo ikeno gritaba incesantemente, aclamando a su soberano, el Protector Karfax, el cual correspondía con ligeras inclinaciones de cabeza y una continua sonrisa en los labios. ¿A qué, pues, tantos temores? Sí, lady Martha sabía que los terrestres eran odiados y detestados, pero también sabía que el afecto de los ikenos hacia su Protector era demasiado grande para hacer demostraciones de algo que sabían le iba a disgustar con toda seguridad. Karfax era muy amigo de los terrestres y...

Bruscamente, un terrible estampido cortó en seco las disquisiciones de la joven. La detonación fue tan tremenda que Martha sintió en el rostro la cálida bofetada del aíre desplazado por la explosión.

En el mismo instante sus ojos captaron una enorme nube blanca que se elevaba perezosamente del suelo, a unos veinticinco o treinta metros de distancia. El silencio, después de la detonación, era absoluto.

Pero este silencio no duró sino un par de segundos. Al instante un infernal clamoreo se elevó de la multitud.

Decenas de cuerpos ensangrentados yacían por el suelo, tanto humanos como de cuadrúpedos. Miembros destrozados por la metralla se esparcían por todas direcciones, y los alaridos de dolor herían terriblemente los oídos. El griterío era ensordecedor, y en la zona donde había sucedido la explosión reinaba un absoluto desorden.

La multitud se encrespó súbitamente, agitándose como una marea en día de tormenta. Un turbión de personas violentó lo poco que quedaba de la valla de la guardia y se dirigió, aullante y gesticulante, hacia la

tribuna.

-Ya está aquí lo que tanto temíamos -dijo sir David, aprestando bajo los pliegues de su túnica una potente pistola automática. Desde que había notado los primeros signos de inquietud no se separaba de ella. Pero tampoco, comprendiendo la delicadeza de su cargo, quería arriesgarse a utilizarla de un modo tonto, sino cuando estuviese seguro de que no podía salvarse sin apelar a otro recurso.

La multitud pisoteó implacablemente los muertos y los heridos. Pero no pudo llegar a la mitad de su camino.

Había una cosa célebre en todo Ikenia, y era la férrea disciplina de su guardia pretoriana. Pasados los primeros momentos de confusión, el orden de los legionarios se impuso a toque de corneta y se aprestaron a luchar.

Formados en espesas filas, arremetieron contra la multitud. Ésta vaciló, pero se sabía inerme ante los soldados, menos por la carencia de armas con las cuales responder al ataque de los pretorianos, que por la de una disciplina que les permitiera pelear en condiciones de igualdad. La lucha no llegó siquiera a comenzar y la muchedumbre, lanzando espantosos aullidos, que brotaban de un mar de puños dirigidos hacia determinado punto de la tribuna, se retiró, plantando cara no obstante a los guardias.

Sir David tocó en el hombro a la joven.

-Vámonos, lady Martha -dijo, y ella inclinó la cabeza. Estaba pálida, pero no había temblado.

* * *

La capital de Ikenia era enorme, gigantesca, extendiéndose sobre una gran superficie en el centro de una colosal llanura cubierta perennemente de verdor y que de por sí sola, aun excluyendo la imponente cadena de montañas que se veían brillar en blanco a lo lejos, ya constituía todo un espectáculo.

Pero ni esto, ni la visión de los maravillosos edificios de la capital lograban impresionar los ojos de Martha Von Wallenstein, enviado especial y secreto del Sistema Solar cerca del Protector de Ikenia.

Todos sus pensamientos estaban encaminados a un fin y éste era la entrevista que dentro de pocos minutos iba a sostener con Karfax.

El coche en que viajaba la joven, pues Martha lo era, ya que debía tener unos veintiséis o veintiocho años, no tenía distintivo alguno que lo identificase como perteneciente a la embajada. Iba conducido por un agente del servicio de información de la misma, aunque realmente no podría decirse que fuera realmente conducido, pues se había limitado a ponerlo sobre la pista magnética y señalar luego la velocidad necesaria para mantener el rumbo.

El coche volaba sobre su camino, suspendido a unos diez centímetros del suelo. Lentamente iba ganando altura, pasando entre altísimos edificios cuya elevación parecía desafiar todas las leyes del equilibrio y la gravedad. Se enroscaba súbitamente alrededor de uno de éstos para lanzarse luego en vertiginosa marcha hacia otro, contra el que parecía se iba a estrellar hasta que, en el último momento, se desviaba a un lado, tomando otra ruta que le aproximaba más y más a su destino.

Era, aparentemente, una inextricable confusión de rutas que parecían suspendidas en el aire, entre los altísimos rascacielos, de leves y graciosas formas, sin que ninguno de aquellos caminos se cruzase, pasando todos unos por encima o por debajo de los otros. La circulación era abundantísima, sin necesidad de guardias que vigilasen el tránsito y sin que, a pesar de la infinidad de coches que corrían, se produjese el menor accidente.

El vehículo en que viajaba Martha salvó un atrevidísimo viaducto, situado a quinientos metros de altura sobre el suelo; realizó luego una cerrada media espiral y, por último, se lanzó en fulgurante carrera hacia el mayor edificio de Ikenia: el palacio donde residía el Protector, colosal mole arquitectónica de cerca de mil metros de altura por casi quinientos en su base.

Ahora los ojos de Martha si fueron atraídos por la contemplación del inenarrable espectáculo. El palacio parecía un ascua de fuego, brillando a la moribunda luz del ocaso de los tres soles gemelos que iluminaban el planeta y que esparcían sus últimos rayos diurnos sobre la superficie de Ikenia. Infinidad de ventanas rompían la lisura de los muros del palacio, el cual iba perdiendo grosor a medida que ganaba altura, hasta quedar rematado en una esbelta cúpula, de agudo final, sobre la cual había una monumental asta en la que tremolaba la enseña de Ikenia.

La pista sobre la cual corrían concluía en el mismo palacio, a una altura de ochocientos metros sobre el nivel del suelo. Aparentemente estaba sujeta a la pared sin que se le precisara el final, pero cuando ya llegaban al término de su viaje una puerta se deslizó hacia arriba y el coche se zambulló en el interior del edificio.

El vehículo frenó en el centro de un ancho patio cuadrado, cuyo techo reflejaba, merced a un ingenioso sistema de espejos, la luz solar. Aquí y allá se veían varios guardias pretorianos, charlando indiferentemente entre sí, sin prestar mayor atención al coche que acababa de llegar.

Antes casi de que el vehículo se detuviera, un hombre, sin embargo, se acercó a él, abriendo obsequiosamente la puerta. Martha vio sobre los hombros de su receptor las insignias de coronel de la guardia y aceptó la mano que éste le ofrecía.

-¿Tengo el honor de hablar con lady Martha Van Wallenstein? -preguntó el pretoriano.

Ella afirmó con una sonrisa. Entonces, el otro se presentó:

-Coronel Raidar, jefe de la guardia del Protector. ¿Quiere acompañarme, por favor? El Protector ya la está esperando.

Martha echó a andar al lado del coronel Raidar, el cual la condujo hasta una puerta situada en el muro. Un guardia manejó el mecanismo de apertura y al instante la pareja pasó al interior.

Cuando la puerta se hubo cerrado el ascensor partió raudamente hacia arriba. Dos minutos más tarde salían a una amplia estancia, sobriamente amueblada, cuyo lado derecho era un inmenso ventanal que permitía una maravillosa vista del panorama que rodeaba a la capital.

Martha arrojó una indiferente mirada al paisaje y, siempre precedida por el coronel, atravesó la estancia. Al llegar a una puerta situada frente a la que ellos acababan de atravesar, Raidar se echó a un lado, al mismo tiempo que la abría.

Martha no tuvo tiempo de preguntarse por qué iba a entrar sola a ver al Protector, cosa que se adivinaba claramente en la respetuosa actitud del coronel, porque en aquel momento sus tímpanos fueron heridos por el sonido más inesperado que hubiera soñado siquiera en oír en aquel remoto mundo, situado a tantos años luz del suyo.

El sonido que los oídos de Martha percibían era el de un órgano, y había un hombre sentado ante su séxtuple teclado, tocándolo con aire absorto y por completo abstraído en la música que interpretaba.

CAPÍTULO II

La estancia permanecía casi completamente a oscuras, a no ser por la luz que proporcionaba un gran candelabro que sostenía un grueso cirio sobre su único pie a dos metros del suelo. Todas las ventanas estaban cerradas, como si el hombre que estaba sentado ante el órgano no quisiera sentir ninguna influencia extraña que pudiera impresionar y desviar su espíritu de la embriaguez artística que le invadía en aquellos momentos.

El único mobiliario de la amplia estancia estaba constituido por un par de sillones, una mesita y un armario adosado a la pared, en el cual se adivinaba el servicio de licores. Martha se dio cuenta de que Raidar la había dejado sola, después de haber cerrado la puerta y, caminando en silencio, fue a sentarse en uno de aquellos sillones, en donde quedó escuchando atentamente, con la fina barbilla apoyada en una de sus manos.

La joven se dio cuenta de que en la habitación sólo estaba el teclado del órgano, pues de lo contrario el concierto se hubiera convertido en un estruendo insoportable. Los tubos debían salir al exterior, quizás a otra estancia adjunta, de donde un ingenioso mecanismo dejaba pasar únicamente la cantidad de sonido necesaria para ser agradable al oído.

El concierto acabó diez minutos más tarde y entonces la joven aplaudió entusiasmada. El hombre pareció salir del ensimismamiento en que había caído al interpretar la última nota y giró en su asiento.

Por un instante sus ojos contemplaron a Martha, la cual se había puesto en pie, un tanto ruborizada por el instintivo arranque que había tenido. Después, una breve sonrisa se dibujó en sus labios en tanto avanzaba hacia ella.

Mientras el hombre acudía a su encuentro, Martha observó, íntimamente complacida, su noble apostura, nacida de su elevada estatura y de la varonil corrección de sus facciones, en las cuales destacaban un par de negras e inteligentes pupilas. El Protector llevaba los cabellos muy cortos, al estilo romano, y vestía una simple camisa de manga corta, así como unos pantalones que se ceñían justamente casi en los tobillos.

Martha no había cambiado de vestido y se ataviaba con el mismo con que había asistido a la parada tan trágicamente concluida. En

circunstancias ordinarias habría llevado la banda azul -el cielo-, amarilla -la tierra- y verde -los mares-, colores de la Tierra, a la cual ella representaba en aquellos momentos en una misión secreta y especial.

La voz del Protector tenía un timbre profundo, pero de agradables tonos. Se inclinó levemente, diciendo:

-¿Lady Martha Von Wallenstein, supongo?

-La misma, Excelencia -dijo ella, correspondiendo a la inclinación con otra análoga. Y antes de que su interlocutor pudiera proseguir, añadió-: ¿Me es permitido felicitar a vuestra Excelencia por la magnifica ejecución de la pieza que he tenido la desgracia de oír sólo el final?

Karfax sonrió.

-De haberlo sabido, lady Martha, la hubiera esperado a usted. Pero Raidar no me señaló la hora de su llegada y, mientras tanto... Pero discúlpeme, lady Martha; me temo que no soy un buen anfitrión al tenerla tanto tiempo en pie. Siéntese, por favor, en este sillón.

-Gracias, Excelencia -dijo ella, haciendo lo que le decían. Mientras, Karfax fue hacia el armario y sacó de él una botella llena de un líquido ambarino y un par de copas.

Vertió en las copas parte del licor y alargó una a la joven.

-Es Ikenia-Real, tipo Chablis -dijo-. Un vino de nuestras cepas que, sin falsa modestia, no tiene nada que envidiar a los mejores de su planeta. ¡A su salud, lady Martha!

-A la suya; Excelencia -dijo la joven, tomando un sorbo.

Karfax sacó cigarrillos y alargó uno a su huésped. Ella denegó con la cabeza y el hombre entonces encendió uno.

Miró a la joven a través de una nube de humo.

-Lady Martha, si es usted el enviado especial y secreto del Sistema Solar, tal como tengo anunciado, será mejor que dejemos a un lado los rodeos, ¿no le parece?

Martha depositó la copa sobre la mesa y miró a su interlocutor.

-Una magnífica idea -dijo-. Sí, será mejor que nos dejemos de rodeos,

aunque, por otra parte... ¿qué puedo exponer yo, o cualquiera otro que se hallara en mi lugar, que ya no sepa Vuestra Excelencia? He sido enviada para resolver, de un modo discreto y sin publicidad, la cuestión del «ikenilum».

Un relámpago de desagrado brilló unos segundos en los ojos del Protector. Se puso en pie y dio unos pasos cortos en la estancia, deteniéndose luego frente a Martha.

-¡Ah, sí, el «ikenilum»! -exclamó-. Ya casi lo habla olvidado.

-Es curioso. Ningún habitante de Ikenia puede quitárselo de la memoria, Excelencia.

-Yo sí, a veces, lady Martha -dijo Karfax con las pupilas brillantes, y su dedo índice señaló hacia el enorme teclado del órgano-. Eso es lo que me hace olvidar, en ocasiones, el dichoso problema del «ikenilum».

-Bach nunca tendrá la suficiente fuerza para hacer desaparecer tal problema, Excelencia -dijo ella suavemente.

-Es cierto -murmuró Karfax, pasándose la mano por una frente que Martha adivinó ardiente-. Es cierto, pero ¡cuánto más agradable Bach que el «ikenilum», lady Martha! De todas formas, vayamos al asunto y dejemos la música a un lado.

-Estoy aguardando a Vuestra Excelencia -musitó ella, inmóvil, erguida en su asiento, mirándole fijamente.

Karfax dio dos o tres pasos nuevamente, deteniéndose por segunda vez.

-¡El «ikenilum»! -exclamó-. Esa sustancia que es nuestra fortuna... y nuestra ruina al mismo tiempo, lady Martha. Una sustancia que únicamente se da en nuestro sistema y que podría convertirnos en los Cresos de la Galaxia si los hombres que la habitan tuvieran otros sentimientos en los cuales no figurase para nada la codicia.

-Vuestra Excelencia pide demasiado al género humano -contestó ella simplemente.

Él no pareció hacerle caso.

-Sólo en nuestro sistema se da el «ikenilum» -dijo, absorto-. Es un mineral muy especial. Un miligramo de «ikenilum» puro equivale a un kilogramo de uranio. Es fácil de hallar, extraer y refinar; barato de

obtener y carece, por si fuera poco, de la mayoría del poder radioactivo que tiene el uranio. Diez gramos de «ikenilum» equivalen a diez toneladas de uranio, con todas las consecuencias que esto representa. Si, por ejemplo, un avión cohete que lleva en su reactor doscientos gramos de uranio, puede recorrer doscientos veinticinco mil kilómetros antes de repostar, para obtener el mismo resultado es suficiente con colocar en la cámara de fisión la quinta parte de un miligramo de «ikenilum». Claro que esto, en la práctica, no se hace, ya que lo mínimo que se pone son diez miligramos, o sea, diez kilos de uranio, cantidad suficiente para que uno de vuestros aviones cohete de superficie pueda recorrer once millones y cuarto de kilómetros antes de ser repostado.

Una magnifica ventaja -prosiguió Karfax-, ¿verdad? Desventajas: el transporte, prácticamente desdeñable, pese a la distancia que separa a ambos sistemas. Otra, su peso, debido a su elevadísima densidad. Un gramo de «ikenilum» es mil veces más denso que el agua, es decir, que un decímetro cúbico de agua pura, que en vuestro planeta pesa un kilo, medido en «ikenilum» pesará una tonelada, lo cual hace dificilísimo su manejo. Pero, como queda dicho, las ventajas son infinitamente superiores a los inconvenientes y el precioso mineral sigue siendo buscadísimo y terriblemente solicitado por todos los gobiernos de la Galaxia.

-Una correcta exposición de las virtudes del «ikenilum», Excelencia -dijo Martha, impávida.

-Sí, pero ¿qué ocurre ahora, lady Martha? Usted lo sabe tan bien como yo. Cuando vuestro sistema y el nuestro establecieron las primeras relaciones, los terrestres andaban ya a la búsqueda de elementos útiles para sus cámaras de fisión nuclear. Descubrieron entonces el «ikenilum» y se estableció un pacto concediéndoos la explotación y aprovechamiento de dicho mineral, mediante, por supuesto, el pago de unas determinadas regalías, con lo cual nuestro pueblo progresó considerablemente, puesto que también los ikenos pudimos aprovecharnos de tan sensacional descubrimiento. Y ahora...

-Ahora, Excelencia -dijo ella-, hay quien trata de remover las claras aguas del río, para pescar en ellas con indudables ganancias. No creo que el tratado económico establecido os sea desfavorable a los ikenos; pero también he de manifestar a vuestra Excelencia que los rumores de que se iba a solicitar de nuestro sistema un aumento de la contribución que se paga a Ikenia, ha impresionado desagradablemente a nuestro gobierno.

-Y por eso está usted aquí, ¿verdad? -sonrió él, aplastando el cigarrillo en el cenicero. Era ya el segundo que encendía después de la llegada de Martha.

Ella asintió.

-Justamente, Excelencia.

-De modo que si Ikenia pidiera un aumento en la contribución, el Sistema Solar se negaría a pagarlo.

-No, en tanto la cosa no se desorbitase -repuso la joven.

-Todavía no hemos decidido nada, lady Martha -dijo Karfax-. Está en estudio el solicitar un aumento en dicha consignación, pero...

-Antes de que se solicite vengo yo a ofrecer un dieciséis por ciento sobre lo que ya pagamos, Excelencia. Neto -añadió Martha.

-¿Un... dieciséis por ciento? -dijo él, entrecerrando los ojos.

-Sí, Excelencia. ¿Acaso encontráis exigua la cifra?

-No... no; en realidad, es una buena cantidad, pero...

-Me gustaría dar de lado las vacilaciones y titubeos, Excelencia -dijo ella impaciente.

-No tengo inconveniente en aceptar esa cifra. Yo soy el primero en desear mantener excelentes relaciones con el Sistema Solar, cuya civilización tanto ha hecho por nosotros, los ikenos. Incluso -añadió Karfax-, si hiciese presión, mi Parlamento terminaría por aceptar. Sin embargo, ha de comprender usted que el Protector ha de gobernar en un todo de acuerdo con los deseos de sus gobernados.

Martha sonrió irónicamente.

-Ya -dijo-. Y éstos desean un porcentaje aún mayor, ¿no es así?

Karfax suspiró.

-Desgraciadamente, me temo que ha acertado usted, lady Martha.

-¿Cuánto? -dijo ella simplemente, apretando los labios.

-Todo.

Hubo un instante de silencio después de aquella lacónica palabra. Los dos interlocutores se miraron fijamente y luego, de pronto, rompiendo el silencio, Martha se puso en pie al mismo tiempo que decía:

-¡Eso es imposible, absurdo, fantástico!

-¡Lady Martha! ¡Olvida usted en presencia de quién se encuentra!

-¡Me es lo mismo! -gritó la joven-. Tenemos efectuado un pacto y éste no puede romperse sin un completo desprecio por la palabra empeñada. Una palabra que ha empeñado vuestra Excelencia, de completo acuerdo con el Parlamento y, lo que es más, con el pueblo. ¿Quiere decir ahora vuestra Excelencia que nos vais a cortar el suministro de «ikenilum»? - terminó ella, con el seno agitado por la ira que 1a devoraba interiormente.

Karfax sonrió, tratando de calmarla.

-¡Mi querida lady Martha! -exclamó-. No me habéis entendido. Simplemente deseaba haceros entender que lo que el pueblo ikeno desea es, sencillamente, que nuestro gobierno administre, de ahora en adelante, el suministro de ese precioso y maldito mineral. Ikenia debe ser la única dueña y hacer con él lo que mejor convenga a sus intereses.

-No podréis hacerlo en tanto no se hayan cumplido los doscientos cincuenta años que se establecieron como plazo para la renovación del contrato. Recuérdelo bien vuestra Excelencia... aunque en aquella época -agregó Martha con fina ironía- ni vuestra Excelencia ni yo habíamos nacido todavía.

-Lo sé perfectamente. Sin embargo, ese plazo está a punto de cumplirse.

-¿Qué? -exclamó ella, sorprendidísima.

-Lo que ha oído, lady Martha. Dentro de tres semanas, exactamente, finalizará el contrato y entonces seremos libres de vender el «ikenilum» a quien nos parezca y al precio que creamos conveniente.

-Eso es falso... Oh, perdón, Excelencia -se corrigió la joven-. Si mis noticias son ciertas, el pacto se estableció en el año dos mil trescientos ochenta y siete. Doscientos cincuenta años más nos llevan al dos mil seiscientos treinta y siete. Ahora bien...

-Ahora bien -la interrumpió él con burlona severidad-; en Ikenia

estamos ya en el año dos mil seiscientos treinta y siete. El plazo ha llegado ya, lady Martha.

-¿Có... cómo? Pero... pero si no puede ser, Excelencia - dijo la joven, atónita, estupefacta-. Vuestra Excelencia olvida que en la Tierra estamos en el año dos mil quinientos noventa y cinco. No han transcurrido sino doscientos doce años, Excelencia.

-Por supuesto que no... en vuestro calendario, lady Martha. Pero ha olvidado usted que uno de nuestros años viene a representar nueve meses de los suyos.

La joven empezó a comprender.

-Una argucia realmente...

Karfax sonrió.

-Legal, perfectamente legal, mi querida señorita Von Wallenstein. Extraña pensar cómo a los plenipotenciarios terrestres que firmaron el acta de cesión de los derechos de explotación no se les ocurrió hacer consignar en la misma la cualidad de los años que se estipulaban: si terrestres o ikenos. Seguramente -añadió con sarcasmo-, porque estaban seguros de que ellos no iban a ver el final, pese a los indudables adelantos gerontológicos.

-¡Los años han de contarse como terrestres, Excelencia! -dijo Martha enérgicamente.

-¿Dónde está el «ikenilum», lady Martha? -fue la única respuesta del Protector, y entonces ella comprendió que tenía perdida la partida.

Sin embargo, quiso hacer aún un último esfuerzo.

-Según nuestro calendario, faltan todavía treinta y ocho años, terrestres por supuesto, para la expiración del plazo. En nombre del sistema he de decir a vuestra Excelencia que estoy autorizada para elevar la subvención en un veinticinco por ciento.

Karfax enseñó las palmas de las manos.

-Mi querida lady Martha -dijo-; si de mí dependiera, no tendría ningún inconveniente en aceptar, no ya ese veinticinco ni aun el dieciséis por ciento primeramente mencionado, sino siquiera modificar el actual statu quo. Pero en ningún momento he de olvidar que represento a mi pueblo y he de acatar sus deseos.

-¿Representáis a vuestro pueblo... u os dejáis arrastrar por él, Excelencia? -dijo Martha con no disimulado desprecio.

Una chispa de cólera prontamente contenida brilló en los aún jóvenes ojos de Karfax. Dijo:

-Soy lo que mi título indica, lady Martha: Protector de Ikenia -dijo él, y la joven notó cierto acento de cansancio en las palabras recién pronunciadas.

-Una bonita manera de protegerlo: violando un pacto solemnemente establecido, Excelencia.

-Repito que no hay violación alguna de la palabra suscrita, lady Martha. Los doscientos cincuenta años están a punto de finalizar y, por otra parte, encuentro muy lógico que Ikenia desee administrar por y para sí esa fabulosa mina de ingresos que es el «ikenilum».

-¿Ésa es vuestra opinión oficial, Excelencia? Desearía saber también si la privada coincide con aquélla.

-La mía... es muy distinta, lady Martha. Si de mi dependiera, las cosas continuarían como hasta ahora. Es cierto que el Sistema Solar saca una buena tajada de su concesión; pero no es menos cierto así mismo que nos libra de muchos y muy enojosos trabajos. ¿Qué es lo que más nos conviene? Francamente, preveo que en el momento que el «ikenilum» pase por entero a nuestras manos, otros sistemas caerán sobre nosotros como cuervos, acaso imponiéndonos condiciones infinitamente más onerosas, aparte de que, lo digo por propia experiencia, el sistema de explotación que utilizáis es inmejorable y no se puede pedir más. Pero ¿cómo hacer comprender esto a una masa incapaz de discernir, lady Martha? Podría imponer mi voluntad durante un cierto tiempo, pero ello sería, sin duda de ningún género, taponar la válvula de seguridad y provocar un estallido aún peor del que preveo.

Martha bajó la cabeza.

-Entonces... no hay nada que hacer -'murmuró.

-Creo que no -suspiró él.

Hubo un momento de silencio. Después ella dijo:

-Difícil puesto el de vuestra Excelencia.

-Difícil y desagradable, lady Martha, pero no puedo renunciar a él.

-¿Por qué? -alzó ella vivamente los ojos.

-Un Protector no se improvisa de la noche a la mañana, mi estimada señorita Von Wallenstein. Ahora mismo yo todavía soy joven, pero ya se empieza a estudiar a millares, cientos de miles quizá, de niños, los cuales van siendo eliminados poco a poco en las durísimas pruebas de inteligencia que se les hacen. Poco a poco van quedando los mejores hasta que, al fin, sólo resta uno, que será el futuro Protector de Ikenia. Entonces comienza su educación... y le hago gracia a usted, lady Martha, del suplicio que es tal educación. Por supuesto, de ello sale un gobernante casi perfecto, pero ¿vale la pena llegar al puesto más alto del sistema? ¿No sería mejor que le dejasen a uno vivir como un ciudadano cualquiera?

-Vuestra Excelencia pudo haber rechazado el honor.

Karfax movió lentamente la cabeza.

-No, es imposible. No se puede decir no después de que uno ha sido elegido. Es preciso seguir adelante y convertirse en Protector cuando el que desempeñaba el cargo es retirado con los máximos honores a determinada edad. Desgraciadamente, yo salí elegido... y demasiado pronto, en mi concepto. Mi predecesor murió intempestivamente, en un desgraciado accidente; de lo contrario, todavía me quedarían veinticinco o treinta años antes de ocupar el puesto que actualmente ostento.

-No a satisfacción de todo vuestro pueblo, Excelencia -no pudo por menos de observar la joven.

-¡Ah! ¿Se refiere usted a la bomba de esta mañana, lady Martha? Sí, efectivamente; parece que hay algunos exaltados a los cuales les molesto. ¡La lástima es -añadió sonriendo Karfax- que no acabe de molestar a todos! Así me iría de una vez a la vida privada, que es lo que deseo desde que me encuentro aquí.

Martha se puso en pie.

-Bien, Excelencia; puesto que no tiene usted más que decirme...

Karfax alargó una mano.

-¡Aguarde un momento, lady Martha! Todavía no he acabado del todo. Pasado mañana se reúne el Parlamento de Ikenia para debatir la

cuestión. Según tengo entendido, hay algunos espíritus legalistas que interpretan el plazo de la concesión en años terrestres, como usted. La prometo apoyar en todo cuanto esté a mi alcance las pretensiones del Sistema Solar.

-¿Y qué ocurrirá si el Parlamento decide que los años han de ser ikenos y no terrestres, Excelencia?

-Puedo vetar su decisión y obligarles a reconsiderarla. Tendría que pasar entonces, según nuestra ley, medio año, antes de que la cuestión pudiera suscitarse de nuevo. Mientras tanto, la concesión seguiría en idénticos términos y...

-Medio año -murmuró ella, moviendo la cabeza con gesto pesimista-. No es mucho, pero...

-Espero verla a usted en la tribuna diplomática, lady Martha -dijo él, tomando la fina mano de la joven.

-Le prometo mi asistencia, Excelencia.

Karfax acompañó a la joven hasta la puerta, que abrió, echándose a un lado. Volvió de nuevo a estrechar 1a mano que se le ofrecía, ahora besándola galantemente, después de lo cual, Martha, sin volver la espalda, se dirigió al ascensor, escoltada, como antes, por el coronel Raidar.

Apenas hubo llegado a la embajada, sir David fue hacia ella con la ansiedad más absoluta pintada en el rostro.

-¿Qué? -dijo, como única interrogante.

-Nada -laconizó la muchacha, en tal forma que sir David comprendió en un instante lo que había pasado en la entrevista.

Sir David se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

-¡Estamos perdidos, lady Martha!

De pronto los ojos de la muchacha brillaron con vividos fulgores.

-¡No, no está perdida del todo nuestra causa! Venga conmigo, se lo ruego, sir David.

CAPÍTULO III

El coche se detuvo delante de un edificio brillantemente iluminado en su fachada y de él se apeó una mujer envuelta en un largo manto negro que le llegaba a los pies y cuya capucha le cubría así mismo la cabeza, ocultando casi totalmente sus facciones, de modo que no dejara apenas nada visible de ellas. La mujer pagó el coche y luego cruzó la acera con paso largo, firme y elástico.

Un gigantesco portero, cubierto de galones de pies a cabeza, se precipitó a abrir las puertas del «Luz de Galaxia», el mejor local nocturno de todos cuantos había en la capital de Ikenia, montado según las reglas más estrictas de análogos establecimientos en la Tierra. La mujer pasó al interior del local y allí, en el vestíbulo, estuvo unos momentos contemplando el espectáculo hasta que un obsequioso «maître» se acercó a servirla.

-Tengo reservado el palco número quince -dijo ella, con voz bien modulada.

El «maître» consultó su lista de reservas y asintió:

-En efecto, señora. Si la señora tiene la bondad de seguirme...

Martha caminó detrás del «maître» hasta quedar acomodada en su sitio. Entonces pidió:

-Champaña. Terrestre, por favor.

-Sí, señora.

Cuando Martha se hubo quedado sola en el palco, dejó que su vista vagase por el interior del enorme local, atestado de gente como todas las noches, sin preocuparse gran cosa del espectáculo que se ofrecía en el escenario. Todas las mesas estaban ocupadas y la alegría y el buen humor eran la nota predominante, cosa fácilmente demostrable a juzgar por los frecuentes taponazos que se oían, procedentes del descorche del champaña.

Los ojos de Martha fueron recorriendo las mesas, una por una, hasta hallar la que a ella le interesaba. Entonces tomó su bolso del que sacó unos gemelos de teatro, pequeños, pero muy potentes, y con ellos, de modo discreto, estudió a los ocupantes de la mesa.

Eran casi una docena, sentados muy juntos por la falta de espacio. Había siete hombres y cuatro mujeres, y todos ellos escuchaban a uno que hablaba y hablaba sin cesar, gesticulando al mismo tiempo de modo solemne. A Martha le hizo el efecto que el hombre se escuchaba a sí mismo y, merced al aumento de los prismáticos pudo estudiar con toda comodidad el rostro del orador.

No le oía, tanto por el ruido como por la distancia, pero una de las cosas que Martha sabía era leer por los movimientos de los labios, y así pudo entender con toda facilidad lo que el hombre estaba diciendo en aquel momento.

-Sí, amigos; mañana se debate en el Parlamento la cuestión del «ikenilum». Ya sabéis cuál es mi posición y no es necesario, pues, que os diga lo que ya adivináis: el «ikenilum» para los ikenos. Si los del Sistema Solar quieren «ikenilum» que lo paguen al precio que se fije y en competencia leal, por supuesto, con los compradores de otros sistemas. Su concesión caduca dentro de tres semanas y...

El camarero penetró silenciosamente en el palco y dejó la botella sobre la mesa. Martha, entonces, le dijo:

-Tenga la bondad de entregar esta tarjeta al señor Delligar. ¿Lo conoce usted, no?

-¿Y quién no, señorita? -sonrió el camarero, inclinándose.

Martha quedó sola, encendiendo un cigarrillo, cuyo humo aspiró con negligente gesto. Mojó los labios en el champaña y aguardó.

No tardó mucho en llegar el hombre a quien ella había llamado. Delligar penetró en el palco y quedó en pie frente a la joven, estudiándola con evidente curiosidad.

Por su parte, Martha contempló un instante aquel rostro, cuya principal característica eran dos vivaces ojillos, en continuo movimiento, con una indiscutible expresión de sagacidad y doblez. Fueron treinta segundos de silencio, al cabo de los cuales Martha extendió la mano.

-Por favor, señor Delligar, ¿aceptarla tomar una copa en mí compañía?

-Encantado, lady Martha Von Wallenstein -repuso él, sentándose y observándola en tanto la joven vertía el espumoso vino en las copas. Tomó la suya y la alzó-: Por la más hermosa de las terrestres.

También Martha levantó la suya.

-¡Por el más imbécil de los parlamentarlos! -dijo.

El rostro de Delligar expresó la más absoluta de las sorpresas. Depositó de nuevo su copa sobre la mesa y miró a Martha.

-¿He oído bien, señorita? Debo entender, no obstante, que usted es una mujer y que no puedo responder a su insulto.

-¿Desde cuándo la expresión de la verdad es un insulto, señor Delligar?

El aludido se puso en pie.

-¡Basta! -dijo-. No he venido aquí para ser insultado. Si eso es todo lo que tenía que decirme...

-Oh, no, no, señor Delligar. Podría haber añadido idiota, estúpido y... ¡qué sé yo cuántas cosas más! Pero con la primera me conformo. ¡No se vaya, siéntese!

La voz de Martha era harto imperativa para que Delligar, fascinado y a su pesar, no obedeciera. Quedó mirándola fijamente, totalmente estupefacto por lo que acababan de decirle.

-Es usted uno de los mejores políticos de Ikenia, señor Delligar -continuó la joven-, y el que arrastra detrás de si una masa mayor de gente, debido al tono hábil y persuasivo de su oratoria. ¿Me equivoco al suponer que mañana, en el Parlamento, se opondrá usted con todas sus fuerzas a la prórroga de la concesión del «ikenilum» al Sistema Solar?

Una fina sonrisa se dibujó en los pálidos labios de Delligar.

-¡Ah! -exclamó-. Conque era eso, ¿eh? Pues no, no se equivoca usted, lady Martha. Como yo tampoco me equivoco al suponer que es usted alguien enviado «muy especialmente» para sobornarme y acabar así con mi oposición, ¿no es eso?

-Pues sí, se equivoca usted -dijo ella fríamente-. Yo no he venido a sobornarle, señor Delligar, sino a, fíjese bien, porque la cosa varía totalmente, a ordenarle. A ordenarle -añadió ella tajantemente- que ponga usted todo su esfuerzo en conseguir que la concesión del «ikenilum» se prorrogue en el plazo de tiempo que el Protector señalará al Parlamento.

Los ojos de Delligar se entrecerraron.

-Esa palabra «ordenar» me parece muy fuerte, lady Martha.

-Es la única que se merece usted, señor Delligar. Usted y todos los de su ralea.

El político dio un fuerte puñetazo sobre la mesa, haciendo tintinear las copas.

-¡Acabemos de una vez, lady Martha! ¿Qué es lo que desea usted de mí?

-Ya se lo he dicho, señor Delligar -repuso ella, arrojándole despectivamente una bocanada de humo al rostro.

Delligar agitó la mano para disipar el humo, y dijo de mal humor:

-¿Y cree usted que yo voy a obedecer esas órdenes que van contra mi conciencia de patriota ikeno?

-Su conciencia, señor Delligar, está más sucia que las aguas de un puerto petrolífero y más negra que la boca de un túnel. Esto, suponiendo que usted la tenga, cosa que yo me inclino a dudar.

El rostro del parlamentarlo enrojeció vivísimamente.

-Me gustaría que fuese usted un hombre, lady Martha -dijo, con acentos concentrados de odio.

-Si lo fuera, ya le habría roto las costillas a puntapiés -contestó ella sin amilanarse-. Pero, afortunadamente para usted, no lo soy. En resumen, señor Delligar; usted hará lo que yo he dicho y procurará, además, que sus compañeros de la oposición hagan lo mismo que usted.

-¡Qué graciosa! ¿Y no se le ocurre nada más?

-No -repuso ella sin inmutarse-. Con que haga eso que he dicho, tengo más que suficiente.

-Perfectamente, lady Martha. Y ahora, supongo que usted apoyará sus pretendidas órdenes con algo más que palabras, ¿verdad?

-En efecto, señor Delligar. A otro hombre, quizá, lo hubiéramos sobornado, como usted muy bien ha señalado. Pero con usted no necesitamos emplear más que las palabras. Le decimos que lo haga... ¡y ya está!

Las manos de Delligar se crisparon sobre el mantel.

-Está muy segura de si misma, lady Martha -dijo.

-De lo contrario no habría venido a verle. Entonces -añadió ella con negligencia- quedamos en que usted cambiará de opinión, ¿verdad?

-Es una suposición muy aventurada, lady Martha. Ya conoce usted de sobra, según se deduce de sus frases, cuál es mi postura en un asunto tan vital para mi país. Por lo tanto...

-Por lo tanto -dijo ella, continuando con su tono glacial-, usted tendrá la bondad de recordar ciertas entrevistas que sostuvo no hace mucho con los enviados especiales del Sistema Siriano, a los cuales, mediante el apoyo económico particular que éstos le prestaron, usted prometió conceder la explotación del «ikenilum» cuando hubiese conseguido la cancelación de nuestro contrato. ¿Le gustaría que se hiciera pública aquella entrevista, señor Delligar?

El rostro del aludido palideció terriblemente. Pareció que se iba a desmayar allí mismo, pero se recuperó gracias a una copa de champaña, que vació de un solo trago.

-Ustedes no tienen pruebas de lo que acaba de mencionar, lady Martha.

Ella no contestó. Sonriendo imperceptiblemente, metió la mano en su bolso y extrajo de ella un disco plano, de unos diez centímetros de longitud por uno de grueso. Lo sostuvo unos segundos en la mano, como sopesándolo, y luego lo arrojó sobre la mesa.

-Ahí tiene usted las pruebas, señor Delligar -dijo-. Un microfilm completo de la entrevista que usted sostuvo con los sirianos. Sonido e imagen, ¿qué le parece? ¿Le gustaría que se televisara públicamente? ¿Qué diría la masa ikena si se enterase de la corruptibilidad del incorruptible Delligar?

Las manos del parlamentario temblaban al tomar la cajita que contenía el microfilm.

-Puede quedárselo, señor Delligar -añadió Martha-. Como es fácil de suponer, tenemos más copias. Bastaría que usted se opusiera a la concesión del «ikenilum» para que, inmediatamente, todas las emisoras de T.V. programasen esa entrevista. Y recuerde que son cientos, acaso miles de millones los receptores que existen en Ikenia. Las consecuencias, puede figurárselo, serían terribles para usted.

-Podría decir que era una calumnia -objetó él con voz débil.

-La masa es siempre impresionable, recuérdelo usted, señor Delligar. Y por otra parte, ¿qué estación de T.V. se iba a arriesgar a transmitir un programa como éste, de no estar segura de su autenticidad y de que, por lo tanto, usted no podría demandarla judicialmente por difamación? Ahora, cuando usted llegue a su casa, señor Delligar, entreténgase en pasar el «film»; es algo que le refrescará notablemente la memoria y le dirá que con los terrestres no se puede bromear.

Martha se puso en pie, contemplando unos segundos al político, sobre el cual parecía haber caído de repente el peso de un siglo. Luego, recogiendo su bolso y calándose la capucha, dijo:

-¿Verdad que no tendrá usted inconveniente en abonar mi cuenta? Sabe doblemente mejor el champaña cuando se es invitada... por los sirianos. ¡Buenas noches, señor Delligar!

* * *

Martha fue recibida por el Protector con el mismo ceremonial que la vez primera. Karfax avanzó sonriente hacia ella y le estrechó ambas manos.

-¡Mi querida señorita Van Wallenstein! -dijo-. Es un reconfortante espectáculo poder tenerla de nuevo como huésped de mi palacio.

-Muchísimas gracias, Excelencia -respondió la joven-. Vuestra Excelencia es muy amable conmigo.

-Procuro ser justo, lady Martha. Eso es todo. ¿Una copa, por favor?

Ella meneó la cabeza.

-Gracias, Excelencia. He venido únicamente a despedirme de usted. Parto hacia mi país, una vez concluida felizmente la misión que se me encomendó.

-¡Ah, sí, ya lo había olvidado! -dijo él gravemente-. El «ikenilum», ¿verdad?

-Ciertamente, Excelencia.

Karfax hizo un gesto de extrañeza.

-Para mí es un misterio cómo pudo conseguir que se apoyara, sin apenas oposición, el proyecto de ley en que se reconocía que la concesión había de contarse en años terrestres y no ikenos. Creí tener el Parlamento totalmente en contra, y ha resultado ser al revés: salvo una docena de obstinados disidentes, todos estuvieron en favor de mi propuesta.

-Tengo entendido que el discurso de Delligar fue una pieza maestra de oratoria y que acabó por convencer a los más reacios.

-Delligar -murmuró él con apagado tono-. Creí siempre que era mi más encarnizado enemigo y resultó...

-Resultó ser el más adicto de todos, Excelencia. Debiera usted agradecerle su magnifica intervención.

Karfax sonrió.

-Delligar es astuto como un zorro -dijo-. Está bien; tendré que concederle un puesto en el Gobierno.

-Acaso Comisario de Minas, Excelencia. Creo que es un experto en tales asuntos -dijo ella, sin que Karfax consiguiera captar el tono irónico con que estaban pronunciadas sus palabras.

El Protector sonrió.

-¿Por qué no? Acaso es lo que él anda buscando y...

Karfax se interrumpió porque, en aquel momento, alguien penetró violentamente en la estancia. La pareja volvió la cabeza en unánime gesto.

Raidar, el coronel de la guardia pretoriana, corrió hacia ellos, demudado el semblante, agitado todo su cuerpo por un temblor imposible de dominar.

-¿Qué ocurre, coronel? ¿Quién le ha dado permiso para...? -dijo Karfax, frunciendo las cejas.

El coronel le interrumpió.

-Excelencia, algo terrible, espantoso, inaudito... -y Raidar se detuvo, porque el jadeo le impedía hablar.

-¡Vamos, coronel, no se interrumpa! ¡Explique de una vez lo que ocurre! -le urgió el Protector.

-Excelencia... yo... El pueblo se ha sublevado al conocer la promulgación de la ley sobre la concesión del «ikenilum» y...

-¿Una sublevación?

-Revolución diría yo mejor, Excelencia. Las masas, incontroladas, avanzan hacia aquí y...

Karfax tomó en un instante su resolución.

-Está bien, coronel. Disponga todo para rechazar el ataque. Ponga en pie de guerra a la guardia pretoriana y...

Raidar meneó la cabeza.

-Lamento decirle, Excelencia, que la guardia pretoriana, en estos momentos, soy yo.

-¿Eh? ¿Cómo ha dicho usted, coronel?

-Mis legionarios han desertado, señor -dijo Raidar, inclinando la cabeza-. No se han unido todavía a los revolucionarios, pero no les han cortado el paso, y en estos momentos una gran muchedumbre invade todos los ascensores que llevan hasta aquí.

El Protector miró en torno suyo, como buscando una salida.

-Nunca lo hubiera creído. Mis guardias... los más fieles...,

-Señor -protestó Raidar-, son ikenos.

-¿Y qué soy yo? -estalló Karfax-. ¿Siriano? Pero ya veo que... Vamos, lady Martha; aquí no podemos continuar y debo garantizar su vida. Es usted mi huésped, y un solo cabello que se os desprendiera caería sobre mi cabeza. Venga, se lo ruego.

Raidar dio un paso hacia adelante.

-Excelencia, el mejor camino es el de la terraza norte. Allí hay un cohete de dos plazas, con el que podrían alejarse de Ikenia en tanto se restablece el orden.

-¡Huir, huir yo! -exclamó Karfax, como si no acabase de creer en lo que le estaba sucediendo.

-En ocasiones -intervino Martha, la cual no había perdido su sangre fría-, es lo mejor que se puede hacer, sin que ello constituya una deshonra para quien emprende la retirada. ¿Por dónde hemos de ir, Excelencia?

Karfax echó a andar hacia la puerta, como guiando a la joven, pero antes de llegar a ella estalló un fenomenal alboroto. Ruido de pasos precipitados y gritos de todos los calibres se oyeron en la antesala inmediata, y antes de que ninguna de las tres personas pudiera hacer algo, la puerta se abrió con enorme violencia y un turbión de gente penetró en la estancia.

Karfax, Martha y Raidar retrocedieron instintivamente. La muchacha metió mano en su bolso, empuñando decididamente la pistola atómica de que la proveyera sir David, jurándose a si misma no caer viva en manos de aquellos desalmados, cuyo aspecto indicaba de sobra las intenciones que traían.

Era un grupo formado por casi un centenar de personas, entre los cuales no faltaban los jinetes de unicornio, viéndose asimismo varios legionarios. Pero la inmensa mayoría eran revolucionarios, en cuyos ojos se veía el ansia de matar.

-¡Traidores! -estalló uno de ellos súbitamente.

-Hemos venido a hacer justicia con vosotros, como con todos los que han hecho traición a Ikenia, vendiéndola al enemigo.

-¡Atrás! ¡Atrás! -gritó inútilmente Raidar, sin que sus apelaciones tuvieran el menor éxito.

-¡Esto es lo que vamos a hacer con vosotros! -vociferó el revolucionario, arrojando de repente algo que volteó siniestramente, con opacos ruidos sobre el pulido suelo de la estancia.

Sin poderlo evitar, Martha lanzó una mirada sobre aquella cosa que rodaba y rebotaba por el suelo, y apenas lo hubo identificado, exhaló un gemido de horror, viéndose obligada, para no caer, a asirse al hombro de Karfax.

¡Aquella cosa que rodaba y que en el primer momento parecía una pelota, era la cabeza, lívida, ensangrentada, con los ojos fuera de sus órbitas, de Delligar!

CAPÍTULO IV

Reinó un instante de silencio, después que la cabeza de Delligar fuera arrojada al centro de la estancia. Martha se vio obligada, a su pesar, a apartar su vista de aquel macabro despojo, pero los acontecimientos que unos segundos más tarde se precipitaron, la obligaron a volver a la realidad de las cosas.

El mismo revolucionario que había hablado fue el primero en lanzar un grito:

-¡Delligar ha muerto, camaradas! ¡Acabemos con el resto de los traidores!

La masa ululó, presta a lanzarse al ataque. Raidar, extendiendo los brazos, avanzó hacia ella.

-¡Alto! -gritó-. ¡Alto! ¡Daos cuenta del lugar en que os...!

El desgraciado jefe de la guardia pretoriana no tuvo tiempo de continuar. Un turbión de gente se le arrojó encima, despedazándolo ante la vista de Karfax y Martha. Los gritos de agonía de Raidar se apagaron bien pronto.

Pero era evidente que una víctima les parecía poco a los revolucionarios. Y, por otra parte, no todos habían tomado parte en el feroz linchamiento del coronel, con lo que, los que no podían continuar martirizando un cuerpo que ya no sentía nada, se arrojaron como fieras ávidas de sangre, con salvaje ímpetu, sobre Martha y Karfax.

El Protector no quiso hacer ningún gesto para defender su vida. Por el contrario, cruzó sus brazos y aguardó desdeñoso a que la chusma cayera sobre él.

Sin embargo, en el transcurso de un segundo, la decoración varió notablemente. Martha, recobrando la conciencia de la situación, recordó el arma que portaba en el bolso y, sin la menor vacilación, la hizo destellar.

Era una pistola extraña.

De haber sabido la clase de arma que empuñaba la joven, acaso

hubieran retrocedido los revolucionarios. Las pistolas atómicas no se utilizaban en Ikenia, no por falta de deseos, sino porque el Sistema Solar, único fabricante de las mismas, se negaba a autorizar su venta, sino en casos muy excepcionales, como el de Martha, dada la terrorífica potencia de dichas pistolas. Muchos eran los que habían oído hablar de ellas, pero pocos las habían contemplado siquiera en efigie y mucho menos «in vivo», como la que Martha sostenía con granítica firmeza en su aparentemente delicada mano derecha.

La boca del arma se incendió en una pálida llamarada. Se oyó un seco chasquido, como si se hubiera producido una descarga eléctrica a baja tensión, y al instante una nube verdosa se elevó de entre el grupo de amotinados.

Los gritos de rabia de los asaltantes apagaron los latigazos de la pistola, pero cuando las siniestras y apestosas nubes en que se habían convertido los receptores de los diminutos proyectiles nucleares empezaron a espesarse y ascender hacia el techo de la estancia, los revolucionarios flaquearon.

En el primer momento no comprendieron lo que ocurría. Pero cuando Martha hubo soltado media docena de disparos más, todos ellos infalibles, ya que a tan corta distancia no podía errar el tiro, aun tirando a bulto, la chusma se detuvo en seco, desconcertada.

Entonces fue cuando la iniciativa pasó a poder de la joven. Con los ojos encendidos por la excitación y la ira consiguientes, avanzó hacia ellos, al mismo tiempo que blandía el arma de modo que todos pudieran verla.

-¡Atrás! ¡Atrás todos o borraré del mapa a todo el que se encuentre indebidamente en esta estancia! ¡Esto que tengo en la mano es una pistola atómica y todavía me queda carga suficiente para quemar un regimiento!

Las palabras de Martha, unidas al terrorífico efecto del arma, cuyas consecuencias habían podido ser bien vistas por todos, causaron la natural impresión entre los asaltantes. Éstos, todavía muy numerosos, retrocedieron.

-¿Esa es toda vuestra valentía? -les increpó-. ¿Habéis consumido todo vuestro valor en asesinar bestialmente a un hombre indefenso?

-¡Era un traidor! ¡Como Delligar y como vosotros mismos!

-No tengo por qué discutir aquí nada de problemas que no me atañen

directamente -respondió Martha-. Pero está presente el Protector de Ikenia y él puede afirmaros, corno yo, la resolución que ha tomado el Parlamento.

-El Parlamento ya no existe. Hemos acabado con esa banda de traidores y...

El revolucionario se interrumpió de repente. Alguien acababa de llegar y lo había arrojado a un lado, sin el menor miramiento.

-¡Callad, grajos! -gritó el recién llegado-. ¡Charláis como micos, sin saber siquiera de qué es lo que estáis hablando!

Marina miró al nuevo personaje que acababa de entrar en escena. Era éste un hombre de mediana edad, con el pelo ya gris en las sienes, pero fuerte y robusto aún, capaz de dominar físicamente a muchos hombres de edad inferior a la suya. Sus ojos brillaban con energía y decisión y en su porte había una autoridad que brotaba naturalmente de su apariencia, sin necesidad de apelar a recursos extraordinarios para imponerse.

-¿Tú también vienes a cobrar tu parte en el precio de la traición, Ardath? -le increparon.

-¿Quién es? -preguntó Martha a Karfax, por lo bajo, sin separar la mirada del recién llegado.

-Ya lo ha oído usted: Ardath, uno de los hombres más conspicuos de... la acera de enfrente.

-Por ahora parece que se está portando como un caballero.

-Ya lo veremos -dijo Karfax sombríamente.

Y en aquel momento, Ardath volvió a hablar de nuevo.

-¡Retiraos! ¡Retiraos todos de aquí!

-¡No! ¡Queremos...!

-¡Fuera! ¡Fuera de aquí he dicho! -y esta vez las órdenes de Ardath se obedecieron sin más discusión.

En la estancia quedaron Karfax, Martha y Ardath, aparte del cadáver de Raidar, destrozado, irreconocible, nadando en un lago de sangre. Ardath arrojó una mirada de disgusto a aquellos horrendos despojos y, evitando pasar por encima de ellos, se acercó a la pareja.

Sonrió compasivamente al ver que Martha continuaba encañonándole con la pistola.

-Puede usted bajar el arma, lady Martha -dijo, y ella se sobresaltó.

-¿Eh? ¿Quién... le ha dicho mi nombre?

-¿Qué importan esas minucias ahora? Lo interesante es haber salvado, siquiera de momento, la vida de ustedes dos.

-Yo diría que más bien se ha salvado la vida de ese centenar de bestias salvajes que hay ahí fuera -contestó la joven, sin amilanarse.

Ardath sacudió la cabeza.

-Es difícil predecir lo que hubiera ocurrido si esa masa de gente se hubiera arrojado sobre ustedes de un solo golpe.

Ella dijo:

-Pudieron hacerlo y no se atrevieron.

Ardath hizo un gesto de cansancio.

-¿No sería mejor dejarnos de inútiles discusiones, lady Martha? ¿Por qué no vamos derechos al asunto?

Ella apretó los labios.

-Muy bien -dijo-; entonces, discútalo con su Excelencia. Aquí soy una simple invitada suya, sin otro título.

-Por supuesto, siempre que no mencionemos el de enviado secretísimo y muy especial del Sistema Solar. Por cierto, desempeñó habilísimamente su labor, lady Martha. ¿Cómo se las arregló para volver del revés a ese estúpido de Delligar?

Una fría sonrisa apareció en los labios de la joven.

-Todo hombre tiene su precio, Ardath.

-¿Quiere decir que Delligar se vendió? -arqueó una ceja el revolucionario.

Martha se encogió de hombros.

-No tengo por qué darle más explicaciones, señor mío; tampoco usted

habrá de dármelas acerca del modo que tuvo para enterarse de mi nombre y demás particularidades. Lo que tenga que hablar, hágalo con su Excelencia. Ya le he dicho que aquí soy una simple invitada.

Ardath contempló aún unos segundos a la joven y luego su vista se posó sobre el rostro del Protector, quien había asistido completamente impasible al anterior diálogo. Dudó un momento y al fin dijo:

-Excelencia, no he de ocultarle que la situación está muy difícil para usted. Eventualmente he podido contener a los asaltantes; más adelante... no puedo predecir lo que ocurrirá.

-Todo esto es consecuencia directa de sus demagógicos procedimientos, Ardath. Me parece recordar que no hace mucho tiempo le indulté a usted de la pena capital que pendía sobre su cabeza, como consecuencia de una violenta alteración del orden público.

-Es algo de lo cual siempre tendré que estar agradecido a vuestra Excelencia -repuso Ardath, haciendo una leve inclinación de cabeza-. En la medida que me permiten mis fuerzas, estoy tratando de devolver el favor.

-Nadie le ha pedido a usted favores de esa índole, señor Ardath.

El aludido sonrió.

-Lo mismo podría decir yo a su Excelencia con respecto al magnánimo indulto que me concedió.

-Está bien -dijo Karfax impaciente-. ¿Por qué no acabamos de una vez? Lo que haya de ser, que sea pronto.

-Su Excelencia está en el derecho de pedir una pronta resolución de las cosas. Debo añadir que al venir a Palacio ya traía pensado lo que se debía hacer con ustedes.

Martha adelantó un par de pasos.

-¿Eh? ¿Qué es lo que ha dicho usted, señor Ardath? Le agradecería que, en lo sucesivo y siempre que se trate de planes referentes a cosas que aun están por suceder, hablase en singular.

-¿De veras? -se burló Ardath-. ¿Qué es lo que tienen de malo mis anteriores palabras, lady Martha?

-Simplemente esto: que yo no soy ciudadana de este país, sino del Sistema Solar, señor Ardath. Si han derrocado ustedes el Gobierno actual, es lógico, dentro de la relativa ilógica de una revolución sangrienta, que dispongan ustedes de los anteriores gobernantes. Pero no de extranjeros que...

-¿Y por qué no hemos de poder disponer de los extranjeros, lady Martha? ¿Qué es lo que se opone a ello?

Una fría sonrisa apareció en los labios de la joven.

-Nada, en efecto. No hay nada que pueda oponerse a la fuerza bruta... como no sea la misma fuerza bruta -y al pronunciar tales palabras, Martha agitó la pistola de modo significativo.

-No creo que sea preciso recurrir a tales procedimientos -arguyó el revolucionario.

-Por supuesto que no, si se considera que la Embajada del Sistema Solar puede presentar una dura protesta por el desconsiderado trato infligido a uno de sus súbditos.

Ardath se echó a reír.

-¿La Embajada del Sistema Solar, ha dicho usted?

-Sí, y sir David...

Ardath hizo un gesto compungido.

-Lamento informarle, lady Martha, que las turbas han asaltado la Embajada de su Sistema, destruyéndola hasta sus cimientos y matando al embajador, amén de unos cuantos empleados que no pudieron salvarse a tiempo.

-¡Oh! -exclamó la joven, espantada, retrocediendo un paso. No obstante, se recobró en seguida-: Esto les costará caro, Ardath; téngalo bien presente.

El revolucionario se encogió de hombros.

-La distancia es muy larga, lady Martha, y no creo que el Sistema Solar sea capaz de arriesgar sus ordinariamente precarias existencias de «ikenilum» en una guerra que luego, por dicha razón, pudiera tornársele desfavorable para sus armas. Tendrá que aceptar los hechos consumados... y la indemnización que, de mutuo acuerdo, se estipule

abonar. Pero no creo que ustedes puedan aspirar a más.

Martha apretó los labios.

-En resumen -dijo-, que estamos en sus manos.

-Ciertamente, mi querida señorita Von Wallenstein -se inclinó Ardath-. Y no es por elogiarme, pero mis manos, en el actual momento, son las mejores y más eficaces que ustedes podrían hallar en todo Ikenia.

-Muy bien -dijo Karfax, interviniendo entonces-. Creo que es ya hora de que el señor Ardath nos diga el destino que nos ha reservado. Le esperamos, señor Ardath.

El aludido vaciló imperceptiblemente, diciendo al fin:

-Es desagradable, sí, muy desagradable... pero no hay más remedio. En fin, Excelencia, lady Martha, lo único que he conseguido de mis compañeros de Gobierno...

-¡Ah -exclamó la muchacha irónicamente-, ya hay un Gobierno y todo! Excelencia -se volvió hacia Karfax-, debéis felicitaros por haber hallado un sucesor tan pronto.

-Lo mejor sería que el señor Ardath nos dijera cuanto antes qué es lo que va a hacer con nosotros -dijo Karfax, pensativamente.

-En efecto, Excelencia. Es muy sencillo. Si quieren tener la bondad de seguirme...

El revolucionario se echó a un lado, señalando con un ademán la puerta de salida. Karfax echó a andar inmediatamente, pero Martha vaciló.

-¿Qué... no se decide usted, señorita Von Wallenstein? -dijo Ardath.

-No me fío -dijo ella, terca.

-Tiene usted una pistola atómica en la mano, lady Martha.

La joven miró un segundo el arma y luego levantó sus ojos hasta los del revolucionario, antes de decir:

-Perfectamente, Ardath. Ahora bien, tenga en cuenta una cosa: al primer síntoma sospechoso que vea, dispararé contra usted sin vacilar, aun cuando esto sea lo último que haya de hacer.

-Una precaución muy lógica, lady Martha -sonrió él, reanudando su camino.

Ardath abrió la puerta y al instante un fenomenal griterío estalló en la antesala inmediata, totalmente atestada de gente. Centenares de puños, muchos de ellos armados con toda suerte de instrumentos de matar, ninguno de los cuales, sin embargo, podía compararse con la poderosa pistola de la joven, se elevaron en el aire.

Maquinalmente, Karfax y Martha vacilaron ante el espantoso griterío que denotaba los vesánicos deseos que hacia ellos sentía la chusma revolucionaria que había invadido el palacio, y entre la cual se veían numerosos soldados y legionarios de la guardia pretoriana. Pero Ardath levantó también sus manos y con una poderosa voz supo imponer rápidamente el silencio.

-¡Amigos! -dijo- ¡Amigos todos: ya está hecha la justicia que tanto deseabais! El Protector ha resignado el cargo en manos del Gobierno provisional. Ahora bien, yo soy el responsable de su vida y de la dama que le acompaña. Si levantáis una mano contra ellos, yo seré el primero en morir, fiel a la palabra de dejarlos sanos y salvos que les he dado. Y si todavía cuento con un poco del aprecio que en distintas ocasiones habéis manifestado tenerme, no dudaréis un segundo en dejarnos el paso franco, respetando así las vidas de quienes se han entregado fiando en mi palabra.

-¡Tú eres un traidor como ellos! -salió una voz de entre el gentío, instantáneamente acallada por el sólido puño de una espada hábilmente manejada por un legionario.

-Está bien -dijo otra voz-; que se vayan. Que se vayan cuanto antes.

-Eso es, precisamente, lo que se disponían a hacer en estos momentos. Pero... -Ardath sonrió-, no veo cómo, si vosotros mismos, amigos míos, no nos dejáis el paso libre.

La indirecta del jefe revolucionario fue entendida fácilmente, y un estrecho pasillo fue abierto a ambos lados en el espeso gentío, momentáneamente acallado, por el centro del cual pasaron las tres figuras, de las cuales Martha no bajaba la pistola un segundo, presta a dispararla en cualquier instante que considerase peligroso.

Al fin, y tras un espacio de tiempo que se les hizo interminable, alcanzaron la puerta del ascensor. Ardath manejó el botón de llamada y la puerta comenzó a abrirse.

En aquel momento, la vista de Martha captó un movimiento extraño en la multitud. Aprovechándose del relativo anonimato, un exaltado levantaba el brazo armado con una larga lanza, dispuesto a dispararla contra ellos, sin importarle poco ni mucho, al parecer, a cual de los tres podía alcanzar.

Martha fue mucho más rápida. Su dedo índice oprimió el gatillo, y al instante el revolucionario desapareció, convertido en una espesa nube de maloliente humo. En el mismo instante, alguien tiró con violencia de ella, y antes de que pudiera hacer nada, la puerta del ascensor, cerrándose, ocultó de su vista la imagen de la muchedumbre amotinándose de nuevo.

En un santiamén llegaron a la terraza superior del edificio, al lado del remate final, a mil metros de altura sobre el nivel del suelo. En cualquier otra ocasión, Martha hubiera gozado con la visión del espléndido panorama que se abría ante sus pies, pero ahora no tenía tiempo para calmosas contemplaciones.

A toda prisa fue introducida en el cohete que allí aguardaba, colocado sobre su rampa de despegue. Antes de cerrarse la escotilla, tuvo tiempo, sin embargo, de cruzar unas palabras con el sublevado.

-Supongo -dijo-, que deberé darle las gracias por cuanto ha hecho por nosotros.

Ardath sonrió.

-Ya dije antes que debía devolver un favor que se me hizo, lady Martha.

-Muy bien. Pero, ahora, ¿puedo saber dónde vamos?

-Fuera de Ikenia... donde ustedes prefieran -dijo Ardath secamente, cerrando de golpe la escotilla y dejando a la indignada joven con las palabras en la boca.

CAPÍTULO V

No permaneció Martha inmóvil mucho tiempo; saliendo del estatismo en que había caído, se encaminó hacia la parte delantera del cohete, en donde Karfax ya estaba sujetándose con las correas al asiento.

La joven miró al derrocado Protector con notorio disgusto.

-No parece usted muy afectado por los sucesos que acaban de ocurrir, Excelencia.

Karfax interrumpió su labor y la miró:

-En primer lugar, debe suprimir ese tratamiento que me acaba de dar. Puede llamarme, sencillamente por mi nombre; y, en segundo, no veo yo cómo habría podido evitar lo sucedido, cuando hasta los soldados que estimé más fieles se han alzado contra mí.

-Por lo menos luchar, pelear, hacer algo; en fin, no rendirse sin agotar todas las posibilidades que pudiera tener a su favor.

Karfax soltó una carcajada y terminó de abrocharse el cinturón.

-¿Con qué hubiera podido parar la revolución? ¿Con las manos? Vamos, vamos, señorita; baje de su Olimpo y descienda a la realidad de las cosas, que es lo que yo he hecho desde el primer momento.

-A lo que veo, no le disgusta el que le hayan... dado la patada -dijo ella con claros tonos ofensivos.

Pero Karfax no le hizo el menor caso.

-Lo mejor que puede hacer, en lugar de levantarme dolor de cabeza con su inútil palabrería, es sentarse y amarrarse. De lo contrario, corremos el riesgo de que los revolucionarios desborden a Ardath y...

Ante la posibilidad de que tal contingencia pudiera suceder, Martha hizo lo que le decían. Una vez atada al asiento, los dos situados frente al cuadro de mandos, contempló los hábiles y precisos movimientos de las manos de Karfax, disponiéndolo todo para el arranque.

De pronto, la joven notó que el morro del cohete se enderezaba. Al momento supo que la rampa de lanzamiento se elevaba en su emplazamiento, colocándose en la mejor posición para el despegue.

Rugieron los chorros del aparato, vomitando una catarata de ardiente fuego hacia el suelo. El cohete vibró unos segundos en su ajuste y luego, muy lentamente, empezó a remontarse.

Por unos instantes pareció inmóvil, como si se apoyara en una columna de fuego sólido. Después, se oyó un agudísimo silbido, capaz de destrozar los oídos, y el puntiagudo artefacto se elevó en la atmósfera, dejando tras sí una estela de horroroso ruido que no tardó, sin embargo, en disiparse bien pronto.

Durante largo rato, ninguno de los dos ocupantes del aparato habló nada. El cohete poseía dispositivo antiaceleración, y así, recién salidos de la atmósfera de Ikenia, antes todavía de entrar en la órbita prefijada, pudieron desasirse de sus ligaduras y moverse con entera libertad por la cabina del astro-cohete.

-Esto es muy reducido -dijo ella, observando pensativamente los estrechos límites del lugar en donde debían desenvolver sus actividades en tanto durase el viaje.

La cabina poseía unas dimensiones mínimas. Claramente se advertía que el aparato era un cohete de emergencia, a juzgar por los medios de que disponía. Todo estaba concentrado en el mismo espacio. Los dos sillones para los tripulantes; dos literas, que podían aislarse mediante unas oportunas cortinas; un armario frigorífico conteniendo una cierta cantidad de víveres y un minúsculo cuarto de aseo, era todo cuanto componía el reducido mobiliario utilizable del artefacto. Los sillones eran reversibles, sin ser movidos de su base, y entonces podían utilizárselos para las comidas, cuando una mesa, que surgía del suelo mediante el mecanismo adecuado, se colocaba frente a ellos.

-Esto es muy reducido -repitió Martha-. Aparentemente, estamos libres, sí; pero el sitio en que nos hallamos más da la impresión de una cárcel que de otra cosa cualquiera.

Karfax se encogió de hombros.

-No teníamos opción -contestó, encendiendo indiferentemente un cigarrillo que, de pronto, y sin previo aviso, le arrebató la muchacha.

Exhalando el humo por boca y narices, Martha se recostó contra la pared, observando pensativamente el panorama celeste a través de la lucerna que tenía a su lado. Dijo:

-Es curioso. Nunca me había detenido a contemplar el firmamento desde otro punto que no fuera la Tierra. Allá veo -dijo, señalando un

punto con la brasa del cigarrillo-, nuestro sistema. Bueno, calculo que aquella diminuta estrella debe ser el Sol. A su derecha está Alfa del Centauro y Sirio casi en el lado opuesto, apenas mayores que él. Parece tan cercano y sin embargo...

-Sin embargo -murmuró Karfax gravemente-, no podemos llegar hasta allí.

Martha le miró fijamente.

-¿Está usted seguro de lo que dice, Karfax?

-Por completo, Martha -dijo él, suprimiendo igualmente las ceremonias-. No hay más que darse cuenta del artefacto en que viajamos.

-Ya me he fijado en ello. ¿O cree que soy tonta? -dijo ella, muy molesta. Luego agregó-: Pero, ¿no podríamos aterrizar en cualquier otro lugar de Ikenia, Karfax?

-No -contestó él, sacudiendo la cabeza-. No, porque Ardath no es hombre que deje las cosas a medias. En el momento en que intentáramos el regreso, una patrulla de naves guardacielos nos saldría al encuentro y nos fulminaría sin entender a razones.

Martha contempló durante unos segundos el rostro de Karfax, muy serio. Se dio cuenta de que el joven no bromeaba y, encogiéndose de hombros, se llevó el cigarrillo a los labios.

* * *

Una semana más tarde, los detectores señalaron por medios acústicos, la proximidad de un planeta. Karfax hacía ya rato que estaba despierto y, apartando de un manotazo las cortinillas de su litera, se tiró fuera de ella. Caminó hacia el cuadro de mandos y manipuló en algunos de ellos, hasta que la pantalla de un televisor empezó a iluminarse.

Durante unos momentos, no se vio en el cristal de la pantalla otra cosa que unas rayas que se sucedían rápidamente, dando la sensación de que se estaba presenciando un chaparrón de lluvia en una región tropical. Pero, poco a poco, los selectores del receptor fueron aclarando las imágenes y, casi de repente, la imagen de un planeta,

redondo, brillando refulgentemente en la negrura del espacio, apareció ante los ojos de Karfax.

El joven estudió durante unos momentos la figura que tenía ante sí. Luego, cuando estuvo seguro de que su vista no le había engañado, soltó una maldición.

-¡Cuidadito, que hay damas delante!

Karfax se volvió, dándose cuenta de que Martha se le había aproximado sin que él se diera cuenta de su presencia hasta haber oído su voz. Colorado hasta las orejas, murmuró:

-Dispénseme, creí que dormía.

-¿Cómo iba a dormir con el escándalo que ha armado ese detector? Dígame, Karfax, ¿qué es eso que estamos viendo? A bordo no hay licores, de modo que podemos estar seguros de nuestra integridad mental.

Karfax hizo un gesto de enojo.

-Es el peor sitio que podíamos haber elegido para aterrizar.

-¿E... elegido? Un momento. Karfax; nadie ha escogido ese indecente planeta como refugio. Yo, al menos, que he venido...

-Ya lo sé -dijo él, con un gesto de resignación-; los dos estamos aquí a la fuerza. Pero ello no impide que tengamos que aterrizar ahí.

-¿Por qué? ¿Es que no podemos seguir adelante?

La mano de Karfax señaló, con gesto resignado, el indicador de combustible.

-Vea -arguyó-; apenas si nos queda lo justo para el aterrizaje.

Sin poderse contener, Martha dio una patadita en el suelo.

-¿Es que no podía haberse dirigido a otro lugar, Karfax?

-¿Qué tiene éste de malo?

-¿Qué tiene éste de bueno?

Durante unos segundos, los dos jóvenes se miraron, desafiantes, retadores, haciendo brotar chispas de sus ojos. Al fin, Karfax cedió.

-Lo siento, pero no teníamos opción.

Martha, sin embargo, no estaba dispuesta a concluir la discusión de aquella manera.

-Creo recordar que cuando salimos de Ikenia me dijo algo parecido. «No teníamos opción.» ¿Es que no hay más planetas en su sistema?

-Sí, pero éste es el más cercano, compréndalo.

-El más cercano, ¿eh? Me parece que ese Ardath ha resultado ser menos tonto de lo que parecía. Nos larga de Ikenia, pero al mismo tiempo nos envía a un lugar donde, relativamente, nos tiene al alcance de su mano. Lo que yo digo; ¡endiabladamente listo, si, señor Kardax!

-O acaso endiabladamente astuto. Estoy seguro de que si Ardath hubiera recordado a tiempo la cercanía de ese planeta, nos hubiera proporcionado una astronave con mayor autonomía de vuelo.

Martha, al no comprender, frunció el ceño inquisitivamente.

-¿Por qué? -laconizó.

La mano de Karfax señaló hacia la pantalla.

-Vea -repuso-. Dese cuenta de la intensa coloración verde de ese planeta hacia el cual nos encaminamos. ¿Qué le sugiere lo que está presenciando?

Martha tardó aún unos segundos en contestar. Al fin, volvió sus ojos hacia los de su interlocutor.

-Parece como si todo él estuviese cubierto de vegetación.

-Exactamente -asintió Karfax-. Usted lo acaba de decir. Ese mundo que tenemos al alcance de la vista es una colosal selva virgen. Por todos los lados que se le mire, por cualquier sitio que se dirija la vista, no se ve otra cosa que una inextricable vegetación que hace terriblemente difícil la vida.

-¿Y... es ahí donde tenemos que aterrizar?

Karfax se encogió de hombros.

-¡Qué remedio! Esto... o dejarnos arrastrar por el espacio, siguiendo una órbita indeterminada que, con el transcurso del tiempo acabaría llevándonos indefectiblemente a alguno de los tres soles del sistema.

Pero no se preocupe usted, Martha; mucho antes habríamos muerto de inanición.

-¡Pues vaya un panorama que me presenta usted! -refunfuñó ella, muy descontenta-. Y, ¿cómo se llama ese dichoso globito?

-Nosotros le decimos Thileaq, que en lenguaje ikeno significa «el que está recubierto siempre de verdor».

-Y... y ¿está habitado?

Martha se dio cuenta de que, antes de contestar, el rostro de Karfax se cubría de una mortal palidez. Después de unos instantes de silencio, el joven dijo:

-Sí -y la joven se estremeció, al notar el tono sombrío en que había sido pronunciada tan lacónica afirmación.

* * *

Durante largas horas, el cohete giró en torno a Thileaq, perdiendo altura a cada una de ellas, y al mismo tiempo buscando una abertura en la espesa capa de vegetación que cubría al planeta, para aterrizar en él. Finalmente, un tenue susurro que penetró con toda claridad en la cabina, indicó a los ocupantes de la misma, mejor que los instrumentos de a bordo, que el aparato estaba ya penetrando en los límites de la atmósfera de Thileaq, el planeta al que habían sido desterrados.

Karfax y Martha se sentaron en los respectivos sillones, asegurándose a ellos con las correas, para prevenir posibles accidentes en el aterrizaje. Con suprema habilidad, Karfax fue reduciendo la velocidad del aparato, hasta que, habiendo llegado el momento oportuno, invirtió los chorros.

De esta forma, el cohete, puesto que no tenía espacio libre para aterrizar como un avión corriente, empezó a descender, apuntando con su proa al cielo, apoyado en el ingente chorro de gases que salía de su tobera central. Los ojos de Karfax estaban fijos en las esferas de los mandos, así como en la pantalla visora que le señalaba con precisión la distancia que les separaba del suelo, y de acuerdo con las indicaciones recibidas, sus manos se movían, frenando o acelerando el

descenso, según los casos.

Poco a poco, el cohete fue perdiendo altura. Jirones de niebla cruzaron por delante de su estructura, empañando el vidrio exterior de las lucernas, pero casi al instante, un fuerte soplo de viento o un triple rayo de sol, disipaba la nube y de nuevo volvía a penetrar la luz a chorro libre en el interior del cohete.

El bramido de los gases atronaba los oídos de los viajeros, pese a la estanqueidad sónica del artefacto. Karfax hubiera podido descender más aprisa, pero desconociendo el terreno que pisaba, lógicamente se veía obligado a maniobrar con las debidas precauciones, por lo que la pérdida de nivel era necesariamente muy lenta.

Súbitamente, Martha lanzó un agudo grito.

-¡Mire, Karfax! ¿Qué es eso?

El dedo índice de la muchacha señalaba algo que se veía a través de los vidrios, sin necesidad del intermedio del objetivo televisor.

La cosa que había señalado la joven era un punto que se movía en el espacio con velocidad de vértigo. Aquel objeto aumentó rápidamente de tamaño y entonces fue cuando pudieron distinguir lo que era.

Martha sintió que un escalofrío le recorría toda la epidermis.

-Karfax, por el amor de Dios, dígame que estoy soñando.

-Nada de eso, querida -contestó él, disimulando el miedo que sentía-. No sueña; eso que vemos es uno de los pájaros gigantes de Thileaq y quiera Dios que...

Karfax se interrumpió, porque debía concentrar todos sus esfuerzos en la maniobra, pero, de pronto, la mano de Martha le asió bruscamente por el brazo, con un gesto lleno de nerviosismo.

-¡Remóntese, Karfax, remóntese! -gritó la joven.

Karfax meneó la cabeza.

-Me es ya imposible -contestó-. No nos queda más que el combustible justo para aterrizar.

-¿Usted cree... que tendremos tiempo para ello? -murmuró la muchacha, tragando saliva.

El pájaro gigante aumentó rápidamente de tamaño. Ahora ya era posible verlo con toda facilidad y, pese al miedo que sentía, Martha se entretuvo unos instantes en contemplarlo a su sabor, dándose cuenta de la colosal masa del ave que, pese a todo, se movía en el aire con la misma facilidad que si hubiera sido la más rápida de las palomas terrestres.

El pájaro se les echó encima, batiendo las alas con un ruido que parecía el de una docena de cañones disparando unos detrás de otros en rápida sucesión. Karfax, transpirando copiosamente, intentó maniobrar con el cohete, pero en aquel momento vio que la aguja del combustible se acercaba peligrosamente a la negra señal del cero.

En el último momento, los dos jóvenes vieron el colosal pico del pájaro, abriéndose y cerrándose con siniestros chasquidos, al mismo tiempo que las uñas de sus gigantescas garras entraban y salían dentro de los pliegues epidérmicos que las protegían. Loa ojos del ave, oscuros, amenazadores, brillaron con salvaje ferocidad, y en el mismo instante, el enorme animal se precipitó sobre ellos.

Martha gritó:

-¡Cuidado, Karfax!

El ave cayó.

Pero falló el golpe, aunque por muy poco. Karfax, en un intento desesperado, había conseguido desviar la navecilla, a la cual le alcanzó un terrible aletazo que la hizo vacilar espantosamente, dando bandazos en el aire.

Los cuerpos de ambos jóvenes fueron maltratados por la horrible sacudida y, de no haber estado sujetos por las correas, acaso hubieran sufrido graves daños. Pero el cohete soportó la arremetida y continuó su descenso.

-¡Aprisa, Karfax, aprisa! -le urgió la muchacha.

-No puede ser, Martha.

El joven calculó la distancia. No, todavía no se podía dejar caer. Aún les quedaban un par de cientos de metros, y si cortaba el gas de repente, el cohete se destrozaría irremisiblemente. Por otra parte, la notoria escasez de combustible le impedía hacer ninguna maniobra evasiva, de modo que se veían obligados a soportar los impunes ataques del pájaro.

A Martha le recordó aquella gigantesca ave el colosal «rok» de los cuentos de «Las Mil y Una Noches». Pero esto no le sirvió en absoluto de consuelo. Habiendo fracasado en el primer intento, el pajarraco volvía a la carga, ahora lanzando agudísimos y ensordecedores chillidos que atronaban la atmósfera.

Impotentes para rechazar la embestida, Martha y Karfax vieron arrojárseles encima el pájaro. Hubo un choque estruendoso, estallaron algunos cristales, la nave sufrió una sacudida espantosa y al fin empezó a caer a tierra.

Por unos momentos, la pareja permaneció como atontada después del ataque. Pero no tardaron en recobrar el conocimiento, dándose cuenta de que ya tenían a la vista las copas de los primeros árboles de Thileaq.

En aquel momento, se agotó el combustible. Un silencio absoluto sucedió al estridor de los chorros de escape, y el cohete, privado de sustentación, descendió velozmente, a plomo, hacia la tierra.

Su vertiginosa caída quedó frenada momentáneamente por un colosal árbol, cuyas ramas tronchó en medio de espantosos crujidos. Un instante se mantuvo la navecilla inmóvil, pero al fin, cediendo la parte más débil, se ladeó y se desplomó hacia la húmeda tierra que se hallaba veinticinco metros más abajo.

El cohete cayó de costado, hundiéndose a medias en el suelo esponjoso, cubierto de verde césped. Permaneció allí inmóvil, en tanto que en su interior no se oía el menor sonido.

Entonces fue cuando, nuevamente, volvió a oírse el ominoso tableteo de las alas del pájaro gigante. Éste, perdiendo altura por segundos, descendió y al fin fue a posarse en el suelo, con una de sus patas sólidamente apoyada sobre el cohete. Y aquellas enormes garras casi rodeaban la cilíndrica estructura de la nave del espacio que ya nunca volvería a remontarse.

CAPÍTULO VI

Por unos momentos, en el interior del cohete reinó el más absoluto silencio. Un observador imparcial que hubiera podido contemplar lo que ocurría dentro de la nave, habría creído que sus dos ocupantes estaban muertos, tal era la absoluta inmovilidad que se había apoderado de sus cuerpos.

Pero no tardó mucho tiempo uno de ellos en dar señales de vida. Karfax fue el primero en recobrar el conocimiento y sacudió la cabeza para alejar de si las espesas brumas que velaban su inteligencia y su memoria.

El joven recordó de pronto lo ocurrido, a lo cual contribuyó un penetrante chirrido que oyó por encima de su cabeza. Uno de los vidrios de las lucernas estaba roto y por él vio penetrar la afilada punta de una de las colosales garras del pájaro que había derribado el cohete.

Sintiendo dolores en todas las regiones de su cuerpo, Karfax comenzó a desatarse. La cabina del cohete estaba construida de tal forma, que, fuera cual fuera la posición que el pequeño navío adoptara, siempre quedaba en posición horizontal, de modo que, una vez sueltas las ligaduras, no tuvo que hacer ninguna acrobacia para mantener el equilibrio.

Miró a Martha, la cual tenía la cabeza doblada sobre el pecho. La joven estaba inconsciente, pero un rápido examen convenció a Karfax de que no padecía sino un eventual desmayo, causado por el fenomenal choque y del cual podría reponerse rápidamente. Después de esto, se dedicó a estudiar la situación.

Más crujidos y chirridos se oyeron sobre su cabeza. Evidentemente, aquel gigantesco animal no debía estar convencido del todo de la muerte de su enemigo y buscaba rematarle con fenomenales picotazos que hacían estremecer horriblemente toda la estructura del cohete. Pese a todo, el artefacto era sólido y podía resistir.

Pero Karfax no era hombre que se quedase quieto teniendo algo con que defenderse. Además, tenían que salir de allí y en tanto tuviesen la amenaza del ave sobre sus cabezas, no podrían hacerlo.

En consecuencia, hurgó por la cabina hasta hallar la pistola atómica

de que Martha no había querido desprenderse. La tomó y examinó el indicador de carga, quedando satisfecho de la misma.

Hecho esto, Karfax meditó unos momentos, buscando un plan que le permitiera combatir al pajarraco con el mínimo de riesgo. No estaba seguro de que los proyectiles que la pistola disparaba pudieran causarle los mismos efectos que a una persona o un animal de tamaño similar, por lo que, en el primer instante, vaciló.

Pero no tardó en tomar una resolución. Los golpes que daba el pájaro eran más y más frecuentes. Uno de ellos hizo saltar de pronto, con violento estrépito, otro vidrio, y por el hueco asomó, tableteante y amenazador, el enorme pico, capaz de destrozar a un hombre de un solo golpe. Antes de que el animal pudiera retirar la cabeza, Karfax apuntó y disparó.

Resonó un estallido en el interior de la cabina. Un trozo de pico desapareció, en medio de una pestilente nube de humo, dejando estupefacto al joven, quien había esperado volar la cabeza del pajarraco. Éste lanzó un agudísimo chillido que ensordeció a Karfax, y, furioso, terriblemente encolerizado, repitió sus golpes.

Karfax retrocedió instintivamente, diciéndose que, si quería luchar contra el animal, tendría que hacerlo desde otro lugar en donde pudiera manejar el arma con más comodidad. Había que correr el riesgo y para ello no encontró mejor medio que dirigirse a la escotilla y abrirla.

Al instante, un par de uñas, largas casi como su cuerpo, penetraron por la abertura. Karfax dio un paso atrás y liberó unas cuantas descargas que las convirtieron en humo, admirándose al mismo tiempo de la increíble constitución anatómica del pájaro, que le permitía resistir aquellos disparos sin desintegrarse totalmente.

Los chillidos del ave atronaron la atmósfera y el cohete fue sacudido terriblemente. Aprovechando la ventaja que le habían concedido aquellas descargas, Karfax salió fuera, la pistola a punto.

El joven corrió con toda la velocidad que podían alcanzar sus piernas, hasta hallar el relativamente seguro refugio de un enorme tronco de árbol, al cual llegó en el momento en que un furioso picotazo hacía volar por los aíres grandes pedazos de tierra en el lugar que él había ocupado un segundo antes. Se volvió y disparó dos veces más.

El pájaro estaba situado sobre el casco del cohete caído, que destacaba claramente, negro y anaranjado, sobre el fondo de verdor de la selva.

Los ojos del animal centelleaban siniestramente y sus alas batían todo el espacio, provocando una enorme corriente de aire que hacía muy difícil la permanencia en píe.

Alargando la mano, Karfax apuntó con cuidado a uno de los ojos de la bestia. Disparó, y aquella pupila se convirtió al instante en humo, dejando un enorme hueco en su lugar. El pájaro bramó y aleteó, destrozando un par de árboles próximos.

El cuello de la bestia se alargó de pronto, lanzando un ataque fulminante que por poco no alcanzó a Karfax. Éste sintió estremecerse el árbol de arriba abajo, y en el momento en que el animal retiraba su cabeza, volvió a disparar.

El proyectil penetró ahora por la abierta boca del pájaro. Éste vaciló un segundo, rehaciéndose al siguiente y provocando una vez más la admiración del joven. Cualquier otra fiera, en su lugar, habría desaparecido ya, pero aquélla aún resistía y seguía constituyendo un evidente peligro. Karfax parecía un pigmeo a su lado.

La espesura del bosque favorecía la defensa del joven, puesto que impedía maniobrar al pájaro como éste hubiera deseado. En campo abierto, Karfax hubiera perdido la partida sin remisión, pero allí la ventaja era suya.

Sin desanimarse, continuó disparando, siempre a la cabeza del animal. Descarga tras descarga partieron de la boca del arma y, de pronto, la cabeza del pájaro se ocultó tras una nube de vapor.

Cuando el humo hubo desaparecido, Karfax vio que la cabeza del pájaro ya no existía. Sólo quedaba un cuerpo decapitado que se mantenía en pie gracias a la poderosa vitalidad que aún lo animaba pero que, bruscamente, de un golpe, se derrumbó al suelo, en donde se inmovilizó rápidamente.

Con las debidas precauciones, Karfax salió del lugar en que se hallaba, caminando hasta donde yacía el cadáver de su enemigo. Calculó en más de veinticinco metros la envergadura de sus alas y en una docena la longitud de aquel fenomenal corpachón que ya no se movía, y entonces fue cuando se dio cuenta de que transpiraba copiosamente de pies a cabeza.

Se pasó la mano por la frente para enjugarse el sudor que le caía a chorros sobre la cara y luego se metió en el cohete. Entonces vio a Martha que pugnaba por desasirse de sus ligaduras.

Fue hacia ella, ayudándola a soltarse. La joven le miró inquisitivamente.

-Ese bicho... ¿qué ha sido de él?

-Está ahí fuera, pero no tema. Ya está muerto.

Martha contempló el arma que Karfax aún sostenía en su mano y sonrió.

-Duro de pelar, ¿eh?

-¡Uf! -se estremeció el joven-. No lo sabe usted bien. Creí que nunca iba a poder acabar con él.

Martha acabó por ponerse en píe y entonces lanzó una mirada a través de la lucerna más próxima, estremeciéndose al darse cuenta del panorama que los rodeaba. Entonces fue cuando se dio cuenta de la suerte que Ardath les había reservado.

Tardó aún unos segundos en hablar. Cuando lo hizo dijo:

-¿No cree que hubiera sido más piadoso condenarnos a muerte en lugar de abandonarnos aquí, en Thileaq, Karfax?

-Todavía estamos vivos, Martha -dijo él, en tanto hurgaba en el pañol de los víveres.

-Por supuesto, pero... ¿Qué es lo que está haciendo, Karfax?

-Preparando un poco de comida.

-¿Para qué? -inquirió ella, muy extrañada.

El joven se volvió con una bolsa en la mano, en cuyo interior estaba echando latas de víveres.

-Para nosotros, naturalmente. No pretenderá que nos quedemos aquí eternamente, ¿verdad?

Martha ladeó un poco la cabeza al mirarle.

-¿Es que nos vamos a marchar?

-Pues claro que sí, muchacha. No podemos permanecer en este lugar eternaméete. Hemos de buscar... -y Karfax se interrumpió de pronto.

-Buscar, ¿el qué, Karfax?

Éste se encogió de hombros, en tanto continuaba almacenando víveres.

-No lo sé; pero alguna solución, supongo. No podemos estarnos parados indefinidamente. Hemos de hacer algo... no sé exactamente qué, pero la quietud no nos conviene.

-Me parece muy bien, pero, ¿hacia dónde emprender la marcha?

-Ya lo veremos cuando lo hagamos. Aquí hay otra bolsa, Martha. ¿Por qué, en lugar de preguntar tanto, no viene a ayudarme?

La joven se le acercó con paso renuente, haciendo lo que le decían. Al terminar, pasó por su hombro la correa de la segunda bolsa y dijo;

-Ya está. Ahora, disponga.

-Muy bien, pues. Vámonos de aquí.

Salieron fuera. Durante unos momentos, permanecieron en aquel claro donde habían caído, contemplando el enorme cadáver del pájaro, una de cuyas alas cubría casi por completo el cohete. Después, la mirada de la joven se posó en la inextricable espesura de la selva que tenía ante si.

Lanzó un suspiro de resignación y dijo:

-Tanto da quedarnos como salir de aquí, Karfax. Me parece que hemos dado un mal paso aterrizando en Thileaq.

-No teníamos...

-Ya lo sé -cortó ella con ácido tono-; otra opción. Por favor, cambiemos el tema.

Y sin pronunciar ni una palabra más, ella misma rompió la marcha. Rodeó el cuerpo del pajarraco, pasando al otro lado, y aguardó a que Karfax se le reuniera.

Echaron a andar. Los soles del sistema ikeno apenas si se veían sobre sus cabezas, ocultos por la espesísima masa de follaje de la selva, compuesta por árboles de una altura enorme, cuyos troncos se alzaban más de cien metros sobre sus cabezas. Eran unos troncos con un espesor de quince a veinte metros, rectos como cirios, elevándose verticalmente del suelo hasta casi perderse de vista, formando sus

copas, cuyas ramas se entrelazaban de un modo en el que no había solución de continuidad, una segunda selva en lo alto, con tan sólo algún raro agujero entre ellas, cosa que sólo ocurría muy de tarde en tarde. El suelo estaba oculto tras una espesa capa vegetal, que al ser muy blanda dificultaba bastante la locomoción, pero en general carecía de la vegetación de tipo inferior que Martha conocía en las selvas tropicales de su planeta. De haber sido así, hubieran podido moverse.

Los árboles estaban muy juntos, considerando su gigantesco tamaño, pues en algunos casos las distancias que les separaban entre sí eran inferiores a los diez metros. Gracias a la espesura de la fronda superior, la temperatura era soportable, ya que bastaba arrojar una mirada hacia arriba, cuando el follaje lo permitía, para darse cuenta de que Thileaq estaba mucho más cercano a los soles del sistema que el planeta que se habían visto obligados a abandonar.

Así caminaron durante varias horas hasta que, de pronto, de un modo completamente inesperado, les salió al paso una corriente de agua. Durante su caminata habían visto diversos animales, terrestres y voladores, pero habían sido pequeños y la sola presencia del hombre les había asustado, haciéndoles huir.

EI riachuelo tendría unos doce o quince metros de anchura y no parecía muy profundo. Sus aguas corrían con relativa rapidez y se las adivinaba claras y frescas. Martha se arrodilló en el borde y se llevó la mano, lleno el hueco de líquido, a la boca, saciando así la sed que le había producido la caminata. Luego, descalzándose, se sentó en el borde y refrescó los pies, cansados y doloridos a causa de la prolongada marcha. El pediluvio la alivió notablemente, y se dijo que un baño la habría sentado aún mejor, pero tendría, para ello, que hacer retirar a Karfax, cosa que, dado el lugar en que se hallaban, no se atrevía a hacer.

Karfax preparó un poco de comida, que los dos devoraron con buen apetito, remojándola con unos sorbos de aquel líquido, entre cuyas ondas se veían, a veces, manchas plateadas que eran sus acuáticos habitantes.

-Si tuviéramos un anzuelo -dijo ella-, podríamos pescar uno de esos peces. Creo que habrían de saber bastante bien asados en un fuego de brasas.

-Pero, salvo la pistola, no tenemos un mal cuchillo de que echar mano en caso necesario -objetó el joven.

Durante un buen rato, permanecieron en aquel lugar, en el que, aparte sus palabras y el murmullo de la corriente, no se oía ningún otro sonido, cambiando impresiones acerca de lo pasado y del presente, al mismo tiempo que descansaban. Abstraídos en su conversación, no se habían dado cuenta de que, desde el otro lado del río, unos ojillos negros, de vivísimos reflejos, los estaban contemplando atentamente casi desde el mismo momento en que llegaran a aquel punto.

-Como lugar de recreo, no está mal -dijo Martha, a punto de terminar el contenido de su lata-. Pero, para vivir de continuo, no debe ser muy agradable.

-Peor es no vivir -repuso él filosóficamente, encogiéndose de hombros. Tomó con los dos dedos el último trozo de carne y se dispuso a llevárselo a la boca.

Pero no pudo concluir el gesto. En aquel momento, un sonido extraño se dejó oír bajo la bóveda vegetal.

Martha creyó en un principio que alguien había hecho vibrar la cuerda de una enorme guitarra. Fue un sonido musical, de bajos tonos, que casi instantáneamente se transformó en un agudísimo silbido, desaparecido tras un seco chasquido muy cerca de ellos.

Antes de que la muchacha pudiera averiguar nada por sí misma, recibió un fuerte empujón que la derribó por tierra. Se volvió airada hacia Karfax y entonces un escalofrío de miedo la recorrió la epidermis de arriba abajo.

Se habían colocado junto al tronco de un enorme árbol que había al lado del arroyo. Martha vio, vibrando todavía, el largo astil de una flecha, cuyas plumas brillaban refulgentemente, clavada profundamente en la corteza del árbol.

Quiso hablar, pero Karfax se lo impidió. El joven ya tenía la pistola en la mano y miraba atentamente hacia el otro lado del arroyo, donde unos espesos matorrales ocultaban la visión de lo que podía esconderse tras ellos.

Durante unos momentos, no ocurrió nada. El silencio había vuelto sobre aquel lugar, pero, de pronto, otra cuerda vibró de nuevo y una segunda flecha atravesó el aire, yendo a clavarse muy cerca de la anterior.

La joven se horrorizó al ver la desmesurada longitud de la flecha, que casi mediría dos metros, e, involuntariamente, pensó en la terrorífica

potencia, no sólo de los arcos que las disparaban, sino de los músculos que los distendían. Una flecha de aquellas debía atravesar un cuerpo humano con toda facilidad, con sólo curvar el arco a la mitad de su fuerza.

Una tercera y una cuarta flecha atravesaron los aires, yendo a unirse a las anteriores. Pero, de pronto, otra más se clavó en el suelo, en el cortísimo espacio que separaba ambos cuerpos.

-¡Nos están atacando por la espalda! -exclamó Karfax, volviéndose.

Martha le imitó. Sus movimientos habían sido tan rápidos, que pudieron captar la imagen de un hombre situado a unos veinticinco metros de distancia.

En el brevísimo instante que precedió al demoledor disparo del joven, Martha pudo apreciar la rara apariencia de aquel individuo que les atacaba. Era un hombre de baja estatura, rechoncho, con las piernas estevadas, cubierto con algo que parecía hecho de hojas de árbol cosidas entre sí, el rostro lleno de una espesa barba que le infundía un pavoroso aspecto y con el cabello desgreñado cayéndole sobre los desnudos y velludos hombros. A Martha le recordó las descripciones que había visto de los primeros hombres que habitaron su planeta, incluso en la frente achatada y estrecha, los ojos hundidos y el pronunciado ángulo facial, pero no pudo seguir estableciendo más comparaciones, porque súbitamente aquél salvaje se esfumó tras el disparo que le hizo Karfax.

Otro surgió unos metros a la derecha, empuñando un enorme arco que rebasaba en medio metro la cabeza, apoyándose su extremo inferior en el suelo. Karfax lanzó su descarga una décima de segundo antes que el otro su flecha.

En aquel momento estalló un atronador griterío. Decenas, acaso centenares de voces prorrumpieron en un salvaje estruendo, y la selva, unos momentos antes vacía, se pobló de seres en un todo idénticos a los que Karfax había desintegrado, los cuales cargaron sobre la pareja en un tropel que gesticulaba y vociferaba de modo que ponía pavor en el ánimo del más templado.

La pistola de Karfax chasqueó ininterrumpidamente, haciendo desaparecer uno de aquellos salvajes con cada uno de sus disparos. Pero los atacantes o no se daban cuenta del espantoso poder del arma o sentían un absoluto desprecio por su vida, de modo que los esfuerzos del joven resultaron totalmente inútiles.

Al mismo tiempo, otra horda de fieras humanas atravesó el río, chapoteando estruendosamente en sus aguas. Martha, dispuesta a vender cara su vida y a falta de otra arma mejor, tomó la flecha que se había clavado en el suelo y la empuñó con decisión, como si fuera un venablo.

Pero todo fue inútil. En un santiamén, cien salvajes cayeron sobre ellos. Martha percibió claramente la horrenda sensación de unas carnes atravesadas por la flecha que ella había hundido en el cuerpo del primer atacante que tuvo a tiro, y casi en el mismo momento, un terrible tirón que estuvo a punto de quebrarle el brazo, le arrebató la improvisada arma.

Una horda ululante y amenazadora los envolvió. Cien manos se apoderaron de sus cuerpos y Martha vio sobre su rostro decenas de negros ojos que la miraban con una expresión que no auguraba nada bueno. Un hedor imposible asaltó su pituitaria, y al momento veinte brazos la levantaron en alto, pese a los esfuerzos por evitarlo.

CAPÍTULO VII

Apenas hubieron conseguido los salvajes sus propósitos, es decir, apoderarse de su presa, cesaron sus gritos. En absoluto silencio, sujetando a Karfax y Martha por una decena de manos cada uno, los alzaron sobre sus cabezas y echaron a correr.

Ninguno de los dos jóvenes hizo el menor esfuerzo por desasirse, sabiendo que no daría el menor resultado. Vapuleados y zarandeados por la ahora silenciosa horda, se dejaron llevar, después de haber atravesado el río en un santiamén, resignados con su suerte.

Durante largo rato, la tropa corrió bajo la verde cúpula de los árboles, siguiendo un determinado rumbo qué ninguno de ambos cautivos supo adivinar. Los salvajes mantenían un trote largo, sostenido, que no flaqueó en ningún momento, y sólo se percibían los sonidos de sus blandas pisadas en el herboso suelo y el rítmico jadeo de sus roncas respiraciones.

Ni Karfax ni Martha supieron el tiempo que había pasado hasta que, bruscamente, sin previo aviso, sus captores se detuvieron. Los arrojaron al suelo, uno al lado del otro, siendo rodeados instantáneamente por un círculo de hostiles rostros, cuyos ojos brillaban con inusitada ferocidad. Una docena de arcos tendieron sus cuerdas, apoyadas en las cuales había sendas flechas, pero los prisioneros supieron en seguida que no pretendían matarlos, al menos en aquel momento, sino que aquel gesto era meramente intimidatorio.

En el mismo momento que la horda se detuvo, uno de sus componentes alzó su cabeza y, poniéndose la mano al lado de la boca, emitió un penetrante grito, que más parecía el aullido de una fiera salvaje. Pasaron unos segundes y de lo alto llegó, como respuesta, aunque más débil por la distancia, un grito semejante.

El hombre que había gritado se volvió hacia sus compañeros y cloqueó algo en una lengua que más parecía el ladrido de un perro con una dosis mínima de inteligencia. Varios gruñidos le dieron su respuesta, en un tono similar, y después se hizo nuevamente el silencio.

Karfax levantó su mirada hacia arriba y lo que vio, al igual que Martha, le dejó estupefacto. Parecía como si se estuviera desprendiendo un trozo del follaje superior.

Pronto supieron los cautivos, sin embargo, que aquello que se les aproximaba, era un rústico ascensor. Cuando el primitivo artefacto llegó al suelo, vieron que era una plataforma de troncos unidos con lianas y suspendido por cuatro de ellas atadas a las esquinas, unidas en el centro a otra más gruesa, que era la que servía para la maniobra.

Varios puntapiés distribuidos con estricta imparcialidad obligaron a la pareja a colocarse en el centro de la plataforma. Media docena de salvajes se les unieron, como sus custodios, y al instante un penetrante grito avisó a los de arriba podían comenzar el ascenso.

La plataforma empezó a subir lentamente, pero sin ninguna oscilación, con una velocidad uniformemente constante. Poco a poco el suelo se fue alejando, a medida que el ascensor ganaba altura, deslizándose entre dos árboles de enormes troncos, los cuales se hallaban separados entre sí por una distancia inferior a los diez metros.

El ascenso duró pocos minutos, pero los prisioneros se dieron cuenta de que había más de cien metros de distancia del suelo al término de su viaje. Cuando la plataforma hubo llegado arriba, unos cuantos enérgicos empujones les hicieron salir de ella.

El asombro de los prisioneros llegó al máximo cuando se dieron cuenta del lugar a que habían sido llevados. Era una enorme plataforma, sujeta a los troncos de los árboles, en la parte en que éstos se bifurcaban en sus primeras ramas, y situada entre seis u ocho de aquellos, de modo que sus dimensiones totales venían a alcanzar una amplitud de unos cuarenta metros. En el centro de la plataforma, y aprovechando las gruesas ramas de otro árbol que allí surgía, se había montado el mecanismo del ascensor, terriblemente rústico, pero no por ello menos eficaz, consistente en una enorme rueda de grueso eje al cual se arrollaba la liana que servía de cable para el original artefacto. La rueda era manejada por una docena de hombres, los cuales, sin preocuparse poco ni mucho de los recién llegados, empezaron a hacer funcionar el ascensor en sentido inverso, con el fin de recoger a los que habían quedado abajo.

Pero ninguno de los dos cautivos tuvo mucho tiempo de recrearse en la contemplación del panorama. Fueron empujados sin consideración alguna y obligados a proseguir su camino, ahora a pie, entre los salvajes, los cuales no cesaban de hablar entre sí en su extraño lenguaje.

Saliendo de la plataforma, el camino se estrechó, permitiendo apenas el paso de dos personas a la vez. Martha se estremeció en más de una

ocasión al mirar hacia abajo y ver la terrible distancia que los separaba del suelo, pero un brusco golpe en la espalda con el canto de un arco la obligó a proseguir su avance, que se efectuaba a un ritmo verdaderamente agotador.

Ninguno de los dos había podido cambiar una sola palabra desde que fueran atrapados. Corrían velozmente, precedidos y seguidos por sus captores, empujados brutalmente cuando flaqueaban, siguiendo aquel camino de troncos que subía y bajaba con regulares alternativas, según se apoyara o estuviera entre dos árboles, tratando de conservar el equilibrio cuando, al ser demasiado estrecho, sus reducidas dimensiones hacían que se balanceara de un modo harto peligroso para quienes, como ellos, no estaban habituados a caminar por lugares tan difíciles y extraños.

Aproximadamente media hora más tarde se dieron cuenta de que estaban llegando al término de su viaje. Pasaron por otra plataforma en la cual había instalada una rueda análoga a la que habían visto, y un poco más allá, otro camino se unió al que ellos seguían. Doscientos metros más adelante, el suelo de troncos empezó a ensancharse y, casi de pronto, se convirtió en una grandísima plataforma, cuyas dimensiones no podían calcularse porque la vista no alcanzaba a su término.

Como la anterior, esta plataforma estaba apoyada en los troncos de los árboles. No se balanceaba como el camino, sino que permanecía sólida e inalterable, perfectamente inmune a las pisadas de quienes la recorrían.

Pero aún había más. A unos cuarenta metros de la entrada se veían numerosísimas cabañas agrupadas de un modo singular: a razón de seis en torno a cada árbol. Eran unas viviendas completamente primitivas, con una única abertura como puerta y ventana al mismo tiempo, y de las que empezaron a brotar toda suerte de personas, idénticas físicamente a las que les habían apresado, y entre las cuales Karfax y Martha apreciaron las había de ambos sexos y de todas las edades.

La presencia de los prisioneros en aquella aldea suspendida a cien metros de distancia del suelo provocó una explosión de general entusiasmo en sus moradores. Hombres, mujeres y niños se agolparon en la ruta que llevaban para verlos pasar, gesticulando y vociferando de una forma que no auguraba nada bueno para los cautivos. Los salvajes que les habían apresado se vieron obligados a abrirles paso, y para conseguir sus propósitos no escatimaron ni los golpes ni las

invectivas que, naturalmente, ninguno de los dos pudo entender.

Cruzando bajo aquel coro de feroces gritos, Karfax y Martha reanudaron su camino. Poco había éste ya de durar, sin embargo, porque, cuando menos se lo esperaban, unos cuantos golpes les hicieron girar hacia su izquierda, viendo entonces una especie de plaza, de gran tamaño, en cuyo extremo opuesto y en el centro, se veía una cabaña, también de vegetal construcción, de mayor tamaño que las demás, situada sobre una especie de base o plataforma que hacía quedar la entrada a media docena de metros del suelo suspendido entre los árboles.

Hacia allí fueron obligados a caminar los prisioneros. Treparon por una escalera de grandes peldaños, hecha también con troncos, y una vez llegados a la parte superior de la base, uno de los salvajes apartó una especie de manta hecha de fibras y hojas de árbol.

Karfax y Martha fueron arrojados al interior y la manta cayó de nuevo, ocultándoles, no sólo la visión del exterior, sino también la claridad del día. Agotados, exhaustos, sin fuerzas apenas para hablar, se dejaron caer al suelo, en donde permanecieron largo rato tendidos, tratando de recuperar parte de las fuerzas consumidas en la terrible caminata.

Karfax fue, lógicamente, el primero en reaccionar. Se puso en pie, observado por Martha, la cual se había incorporado a medias, y caminó hacia la puerta. Levantó la manta que la cubría, y al instante las puntas de dos aguzadísimos venablos se apoyaron en su pecho. Detrás de aquellas armas arrojadizas había un par de rostros que le miraron con fiera expresión.

Karfax desistió de hacer más pruebas, regresando junto a la joven y dejándose caer a su lado. Suspiró profundamente y dijo:

-Nada, no tenemos nada que hacer.

-Una situación difícil, ¿verdad? -comentó ella serenamente.

-Sí, ésa es la calificación exacta, Martha.

La joven vaciló unos segundos y luego dijo:

-Usted ha nacido en este sistema. ¿Quiénes son estos salvajes?

-Los habitantes de Thileaq. Usted les ha llamado por su verdadero nombre. Son unos salvajes que matan a todo aquel que tiene la

desgracia de caer como su prisionero.

Martha se estremeció a su pesar.

-Esperemos que sepan cocinarnos, cuando menos, ¿no le parece?

-¿Por qué dice usted eso, Martha? -se extrañó él.

-Su aspecto no dice nada bueno, Karfax. Me atrevería a jurar que son antropófagos.

-No lo creo -dijo él, meneando la cabeza-. De todas formas...

Haciendo un esfuerzo, Martha se puso en pie.

-La situación es desesperada, reconozcámoslo; pero nuestro deber es averiguar si podemos hallar alguna solución que nos permita evadirnos.

-¿Cómo? ¿De qué manera?

-Sentado ahí no, desde luego -le reprochó ella.

Karfax, dándose cuenta de la justeza de las palabras de la joven, se puso en pie.

La oscuridad era casi absoluta en el interior de la cabaña, pero los ojos de los prisioneros se habían acostumbrado a ella lo suficiente para darse cuenta de algunos detalles. En uno de los lados, Martha vio brillar algo blanco y, sin poder contener su curiosidad, se acercó a investigar aquello.

Apenas hubo visto tales objetos, lanzó un grito y, retrocediendo, chocó con Karfax, abrazándosele sin poderse contener. Su voz temblaba al decir;

-¡Karfax! ¡Mire! ¡Oh..., es... es horrible!

-Desde luego -dijo él, rodeándola un hombro con sus brazos y apartándola de aquel lugar, en donde había huesos humanos en cantidad suficiente para componer media docena de esqueletos.

Volviendo la espalda a aquel fatídico lugar, sus ojos captaron una masa negra que había en el centro de la espaciosa cabaña. Karfax, siempre llevando al lado a Martha, avanzó hacia allí, dándose cuenta de que era una pared de troncos que partía la cabaña en dos, a modo de tabique.

Buscando en el muro de troncos, hallaron una puerta cubierta de forma similar a aquella por donde habían entrado. Apartaron la manta y pasaron al otro lado.

Al instante sus ojos captaron algo que les hizo prorrumpir en un grito de admiración, causándoles un momentáneo olvido de la dificilísima situación en que se hallaban.

Había, en el centro de aquel lugar, una especie de altar, hecho de piedra, que tendría como metro y medio de alto, por el doble de anchura y otro tanto de grosor. Su forma era la de una pirámide truncada, construida de una forma muy basta, apenas amontonando las piedras, sin ligazón alguna entre sí, unas encima de otras.

Pero esto no era lo que les había hecho gritar, sino lo que había en el centro de la plataforma superior del altar. Un objeto que brillaba con una débil fosforescencia que irradiaba en torno suyo una espectral claridad azul.

Aquel objeto parecía una piedra y no tendría más allá de seis o siete centímetros de lado, siendo su forma bastante irregular. A Martha le pareció tener ante sí un enorme diamante, antes de ser tallado y, de modo completamente instintivo, alargó la mano y lo tomó, deseando examinarlo más de cerca.

¡Pero no pudo mover la piedra!

En el primer momento, Martha se quedó muy extrañada, pero cuando reaccionó, hizo una nueva tentativa, la cual tuvo el mismo resultado que la anterior. La piedra fosforescente no se movió un centímetro del lugar en que se hallaba.

-La habrán clavado -dijo en voz alta, más para sí que para que la oyera Karfax.

-Lo dudo -repuso éste-. No ha podido mover esa piedra, por la sencilla razón de que es «ikenilum»,

-¿Eh? -se volvió Martha hacia el joven.

-Lo que ha oído, muchacha. Eso que ve ahí es un fragmento de «ikenilum» químicamente puro. Calculo, a ojo, que tendrá unos doscientos cincuenta centímetros cúbicos de volumen. El mismo volumen de agua, en medidas terrestres, pesaría unos doscientos cincuenta gramos. Éste, al ser mil veces más denso del agua, pesa, por lo tanto, mil veces más.

-Es decir, que ese trocito tiene un peso de doscientos cincuenta kilogramos -musitó Martha.

-Exactamente. Suponiendo, claro está, que mis cálculos acerca de su volumen hayan sido exactos. Pero no le andará muy lejos, créame usted, Martha.

-Sí, desde luego -dijo ella, sin apartar la vista, fascinada, del reluciente pedrusco. Luego añadió-: Eso vale una fortuna. Ahí hay lo suficiente para abastecer una flota entera de astronaves.

-Y esos salvajes ignoran lo que tienen. O acaso por eso mismo lo tienen aquí.

-¿Qué es lo que quiere usted decir, Karfax?

-Dese cuenta del lugar en que nos hallamos y la decoración del mismo. No he estado jamás aquí, pero aseguraría, sin temor a equivocarme, que esta cabaña debe ser un lugar sagrado para ellos.

-Y su ídolo ese fragmento de «ikenilum» -añadió la joven.

-Exactamente.

-Me gustaría saber cómo lo han conseguido. No hablo de las dificultades de su manejo, porque estos salvajes tienen una fuerza prodigiosa. Dos de ellos habrán podido transportarlo sin gran esfuerzo, pero ¿dónde lo encontraron, Karfax?

El joven se encogió de hombros.

-Esto -dijo- no es cosa que nos preocupe, al menos por el momento. Hay otras que deben preocuparnos más.

-¿Por ejemplo?

-El modo de salir de aquí con la epidermis intacta -dijo Karfax, sin el menor asomo de ironía en sus palabras.

Apenas las había pronunciado, volvió al lado del altar, estudiando la forma en que había sido construido. Frunció el ceño en tanto se acuclillaba y, de pronto, tomando con ambas manos una de las piedras, situada en una esquina, empezó a moverla lentamente.

-Esto no es «ikenilum» -sonrió en la azul penumbra cuando vio que la piedra se movía.

-¿Por qué hace eso, Karfax? -interrogó Martha, curiosa.

-Por saber que, si es preciso, puedo tener un arma al alcance de la mano.

-¿Y mi pistola? ¿Para qué la quiere?

Karfax soltó una acre carcajada.

-Esos tipos -contestó- son menos salvajes de lo que parece. Fíjese en el mecanismo del ascensor; fíjese también en la original construcción, y potencia, de sus arcos y flechas y, sabiendo esto, ¿le extrañará que le diga que apenas fui apresado me arrebataran la pistola?

Martha dejó escapar una exclamación en la cual se reflejaba claramente el desaliento que sentía. Pero Karfax no la hizo caso, continuando con sus esfuerzos, hasta que estuvo seguro de que, en caso necesario, podría tener a mano la piedra sin dificultad alguna.

Después el joven se dirigió a la parte posterior del altar, siempre seguido por la joven, la cual contemplaba con irrefrenable curiosidad todos los movimientos que aquél ejecutaba. Ahora Karfax, aprovechándose de la débil luminosidad que le proporcionaba la fosforescencia del «ikenilum», empezó a examinar los troncos que componían el muro, al mismo tiempo que los empujaba y tanteaba con ambas manos.

No tardó mucho en hallar lo que deseaba: un tronco flojo, el cual, al cabo de numerosos esfuerzos, pudo ser apartado a un lado. Después de aquello, sacar dos o tres más fue cosa relativamente fácil, y al concluir, Karfax se pasó la mano por la frente, totalmente empapada de sudor.

-¡Uf! -exclamó.

Mientras tanto, Martha se había asomado por la abertura que el joven había practicado. Apenas lo hubo hecho, retrocedió vivamente, al mismo tiempo que lanzaba un grito de susto.

-¿Qué le ocurre? Está muy alto, ¿eh? -comentó irónicamente Karfax.

Martha asintió con la cabeza, incapaz de hablar, temblando todavía al recuerdo de aquel suelo que acababa de entrever a enorme distancia de la plataforma. Se retiró a un lado y Karfax reparó el hueco, dejando los troncos de modo que se advirtiera lo menos posible la labor de zapa que acababa de ejecutar.

-Por lo menos -dijo-, no nos matarán como pollitos.

Pronto se hizo de noche y, seguros de que por lo menos entonces no les iban a causar ningún mal, los dos jóvenes salieron fuera, acostándose en el suelo. Las emociones y las fatigas pasadas en aquel singular día fueron un magnífico sedante que les hizo conciliar el sueño rápidamente, haciéndoles olvidar la dureza de su lecho.

* * *

El día llegó más pronto de lo que ellos aguardaban. Envarados, doloridos, se pusieron en pie, haciendo algunos ejercicios físicos para distender los músculos, al mismo tiempo que trataban de acallar las urgentes protestas de sus respectivos estómagos.

Casi en aquel momento, la manta que cubría la puerta se alzó, dejando entrar lo que pareció un chorro de deslumbradora claridad. Miraron hacia allí y divisaron la silueta de un hombre que se había detenido bajo el umbral de la entrada.

CAPÍTULO VIII

Aquel hombre era un verdadero gigante, enorme, musculoso, desprendiéndose de él una sensación de fuerza y poderío realmente incalculables y, según juzgaron los cautivos, de un salvajismo sin límites. Casi todo su cuerpo estaba cubierto de un vello rojizo, hirsuto, cuyos pelos debían ser duros como cerdas de puerco espín, y estaba vestido someramente con un trozo de piel que le colgaba del hombro hasta la mitad de los muslos. La piel estaba ceñida a su enorme cintura con un trozo de cuerda vegetal a modo de cinturón, y metida en éste se hallaba la pistola atómica de la muchacha. En la mano izquierda llevaba una pesada clava, capaz de destrozar el cráneo de un hombre con un simple golpe.

-Éste debe de ser el jefe de la tribu -cuchicheó Karfax al oído de Martha.

El individuo permaneció aún unos segundos contemplando a la pareja. Después avanzó hacia ellos, quedándose a un par de pasos de distancia, todavía sin hacer ningún ademán amistoso u hostil. Pero tanto Karfax como Martha pudieron darse cuenta de la expresión de maligna ferocidad que brillaba en los diminutos ojillos del salvaje, bajo las peludas cejas que casi ocupaban toda la frente.

Karfax decidió que ya era hora de romper el silencio y, sin mostrar ningún temor, aunque interiormente estaba lleno de aprensiones, avanzó hacia el individuo.

-¿Quién eres tú? ¿Por qué nos habéis traído hasta aquí?

-Yo ser Kru'ut, jefe de la tribu de los hombres que viven en los árboles -contestó el salvaje, con una voz gutural y cloqueante al mismo tiempo.

Martha se dio cuenta de que Kru'ut hablaba en la *lingua franca* de la Galaxia, un lenguaje horrendo que destrozaba los oídos, compuesto por las voces más significativas de todos los idiomas de la Vía Láctea.

-Muy bien, Kru'ut -contestó Karfax-. Ya sabemos quién eres. Ahora dinos: ¿por qué nos habéis hecho prisioneros?

-Nosotros coger prisionero todo ser que no vivir en árbol.

-¿Y después?

La mano del salvaje se tendió hacia un punto situado a espaldas de la pareja.

-El dios que brillar a todas horas pedir vuestros cuerpos. Nosotros dárselos.

-¿Eh? ¿Cómo? ¿Es que pensáis matarnos?

La cabeza de Kru'ut se movió significativamente de arriba abajo, en tanto que Martha, estremecida, se apretaba contra Karfax. Éste la rodeó los hombros con el brazo, al mismo tiempo que, dominando su temor, decía:

-Muy bien. ¿Y cuándo... cuándo será eso, Kru'ut?

Ahora el brazo del gigante señaló hacia arriba.

-Cuando sólo quedar un sol en el cielo. Entonces nosotros matar prisioneros.

A pesar de sus temores Martha no pudo por menos de extrañarse de la en apariencia incongruente respuesta de Kru'ut. Miró a Karfax y preguntó:

-¿Un solo sol? ¿Qué ha querido decir con eso?

-Los tres soles de nuestro sistema tienen unos movimientos de traslación en el espacio un tanto raros, y hay un momento, aproximadamente una vez por mes, un mes de los nuestros se entiende, en que quedan el uno tras el otro, apareciendo así como uno solo. Eso es lo que ha querido decir nuestro estimado amigo Kru'ut.

Ella preguntó:

-¿Y cuándo ocurrirá tal cosa, Karfax?

El joven hizo un rápido cálculo, a base del tiempo transcurrido desde que salieran de Ikenia y meneó la cabeza, desesperanzado.

-No más allá de dos días, Martha.

-Pero ¡eso no puede ser, Karfax! Ya han pasado los tiempos del canibalismo y... ¡Oh, debe de haber algún medio para convencer a esa fiera de que debe respetar nuestras vidas!

-Si lo hay -contestó el joven meneando la cabeza lentamente-, yo no lo conozco.

-Pues yo sí -dijo ella, soltándose y avanzando hacia el gigante-. Escucha, Kru'ut, tú no puedes matarnos. Nosotros...

-Vosotros morir. Así decir ley tribu -contestó el otro, tozudo.

-Si nos matas -gritó la muchacha, excitada-, vendrán muchas naves del cielo y harán arder vuestras selvas. Y a vosotros con ellas.

-No venir naves. Nadie querer pasar por Thileaq. Todos temernos -dijo Kru'ut, golpeándose el pecho con orgullo.

-¡No seas estúpido! -se irritó la joven-. Si tuviera esa pistola, te aseguro que...

Al mismo tiempo que hablaba, Martha, asaltada por un impulso irresistible, se había arrojado sobre Kru'ut, tratando de recuperar la pistola atómica que el salvaje portaba al cinto. Pero bastó un leve manotazo de éste para que la muchacha rodara por el suelo, sin haber podido conseguir su propósito.

Karfax se inclinó sobre ella, ayudándola a levantarse, pero ella rechazó su mano.

-¡Déjeme! -dijo, llorosa e irritada a un tiempo-, No sé qué clase de sangre tiene usted, pero no creo sea humana. Está oyendo hablar de que quieren matarnos ¡y se está ahí tan fresco!

-No puedo hacer nada, compréndalo -se encogió Karfax de hombros-. Ese caníbal me vencería con toda facilidad.

-Pues usted no es ningún chiquillo y... -Martha volvió a dirigirse de nuevo al gigante-. Escúchame, Kru'ut, ¿te gustaría saber para qué sirve eso que llevas en el cinto?

Una chispa de buen humor brilló en los ojillos del jefe de la tribu.

-Yo saber -dijo-. Yo saber que esto ser una arma terrible.

-¿Ah, sí? Demuéstralo, ¿quieres?

-¡Martha, por el amor de Dios! ¿Qué es lo que pretende usted? -gritó Karfax.

-Déjeme en paz -refunfuñó ella-. Vamos, Kru'ut, demuestra que es

cierto que sabes manejar el arma esa.

El salvaje la miró un segundo y luego, muy despacio, sacó la pistola, empuñándola decididamente. Movió la mano y dijo:

-Vosotros, venir.

Con la natural aprensión, la pareja hizo lo que le decían. Kru'ut salió fuera de la choza al mismo tiempo que ellos y una vez fuera lanzó un grito que destrozó los tímpanos de la joven.

Casi al instante, la plazoleta empezó a poblarse de gente que acudía al oír la llamada de su jefe. Con un excitado parloteo, los salvajes de ambos sexos, sin que faltasen los chiquillos alborotadores y gesticulantes, quedaron en amplio semicírculo a una docena de metros de distancia de la base de la cabaña.

-Yo saber manejar arma -dijo Kru'ut, y apenas había hablado, apretó el gatillo.

Una nube de humo verdoso se elevó al instante de entre la masa de salvajes, de la que partió un grito unánime de asombro y estupefacción.

Kru'ut rió estruendosamente o, por lo menos, Martha creyó que aquellos ruidos tan brutales eran una risa causada por los efectos del disparo. El salvaje volvió a apretar el gatillo y otro de sus congéneres desapareció.

La muchedumbre aplaudió ahora, completamente entusiasmada por aquel fenómeno que no entendía pero que parecía agradarle sobremanera. Kru'ut dio dos vueltas sobre sí mismo, bailando lleno de contento, y al enfrentarse con sus súbditos, disparó de nuevo.

Otro y otro y otro salvaje desaparecieron, y cada vez que ocurría tal cosa, la tribu entera prorrumpía en gritos de entusiasmo. Martha se horrorizó.

-¡Dios mío! -exclamó-. Karfax, ¿pero es que no se da cuenta esa gente de lo que está pasando?

El joven se acarició pensativamente la mandíbula. Dijo:

-Para mí que no lo comprenden. Ven que uno de los suyos desaparece y estoy seguro de que, considerando la pistola como un artefacto mágico, deben esperar que luego los vuelva al sitio en que estaban.

-¡Pero eso es imposible! -exclamó la muchacha, espantada, porque Kru'ut, lanzando grandes aullidos de júbilo, continuaba disparando su pistola, y borrando con cada disparo uno de sus súbditos del mundo de los vivos, en tanto que la tribu parecía cada vez más y más divertida. Algunos hasta se adelantaban, señalándose a sí mismos para que Kru'ut disparase sobre ellos, cosa en la que, naturalmente, eran complacidos instantáneamente.

Los nervios de la joven no pudieron resistir más aquel bárbaro espectáculo. Sintiéndose llena de una terrible cólera, saltó hacia adelante y, antes de que el desprevenido Kru'ut pudiera apercibirse del ataque de que era objeto, Martha se apoderó de su clava.

La maza era enorme, pesadísima, pero las fuerzas de la joven se habían duplicado a consecuencia de la excitación que la había asaltado. Hizo girar la clava por encima de sí y luego la descargó con todas sus fuerzas.

EI sorprendido Kru'ut no tuvo tiempo de rechazar el ataque. Su cráneo era enorme y poderoso, pero ni aun así pudo resistir el tremendo golpe que la muchacha le asestó en mitad de la frente. Crujieron los huesos siniestramente y, lanzando un ronco aullido, Kru'ut se desplomó al suelo como una masa.

En el mismo instante, Karfax se arrojó sobre la pistola. La multitud se había quedado absorta al ver el ataque de que era objeto su jefe, pero cuando se dieron cuenta de que Kru'ut caía al suelo, un alarido unánime se elevó de cientos de gargantas.

Cerrando sus filas, los bárbaros avanzaron hacía ellos. Karfax apretó el gatillo media docena de veces, desintegrando otros tantos salvajes, pero esto no les causaba ya la menor impresión. Lanzando espantosos aullidos, se abalanzaron sobre ellos.

En aquel momento la carga de la pistola se agotó. Karfax sintió que un sudor frío le corría por la espalda al saberse inerme y, de modo puramente instintivo, extendió su brazo, colocando tras sí a la muchacha, al mismo tiempo que retrocedían ambos hacia el interior de la cabaña.

Pero en el momento que hubieron cruzado el umbral de la choza, la muchedumbre se detuvo, cesando instantáneamente en su griterío. Karfax y Martha se miraron, atónitos, sin comprender de momento las causas de aquella súbita detención.

Desde el interior de la choza miraron a la multitud. Ésta se había

parado a diez metros de ellos, sin que ninguno de los salvajes se atreviera a dar un paso más. Karfax, sin embargo, no tardó en dar con la solución.

-Esto debe ser sagrado para ellos. Por lo visto, sólo Kru'ut podía entrar aquí.

-Lo cual quiere decir que, de momento, estamos salvados -exclamó alborozadamente la joven.

-Sí, por el momento sí -repuso Karfax. Pero su tono era sombrío, pesimista-. Sin embargo, pueden matarnos también.

-¿Cómo? ¿De qué manera? -inquirió ella.

-¡De hambre! -contestó Karfax, lacónico, y al instante un denso silencio cayó sobre los dos.

Pasó una larga hora. Nadie se movió, ni los del interior ni los del exterior de la choza. Fuera de ésta los salvajes permanecían quietos, contemplando a los cautivos, sin atreverse a tocarlos, pero también sin deshacer el círculo que les indicaba con toda claridad la suerte que les aguardaba. El silenció era absoluto y hubiera podido oírse el ruido de una mosca al volar.

-Tenemos que buscar una solución para marcharnos de aquí -dijo Martha, al cabo, sintiendo los nervios a punto de estallarle.

-Lamento confesar que yo me siento incapaz de hallarla, Martha. La altura es excesiva y, aun suponiendo que lo lográramos, una vez fuera de la protección de la choza, que ellos consideran como sagrada, nos alcanzarían en un minuto y nos despedazarían.

Martha se retorció las manos, desesperanzada. Realmente, estaban en una situación dificilísima, en un «impasse» del cual no veían la manera de salir, puesto que por todas partes les acechaba la muerte. No les cabía otro recurso que esperar, sin saber exactamente qué.

Las horas fueron pasando lentamente, y tanto Karfax como Martha comenzaron a notar los duros aguijonazos del hambre y la sed, pues desde poco después de aterrizar en Thileaq no habían comido ni bebido, y de ello hacía ya más de veinticuatro horas. No obstante, la cosa, comparado con lo que podía llegar a ser, era todavía soportable.

La muchedumbre continuaba afuera, inmóvil y silenciosa, lo mismo que al principio. La pareja pasó en más de una ocasión a la parte

donde se encontraba el altar en el que, frío e implacable, seguía reluciendo el «ikenilum», y en una de las veces, cuando nuevamente reconsideraban las posibilidades que tenían de evadirse de allí, descolgándose hasta el suelo, sus oídos fueron excitados repentinamente por un brusco e inesperado griterío.

El escándalo les asombró. Karfax y Martha se miraron mutuamente y, sin intercambiar el menor comentario, se disponían a salir, cuando un terrible estampido conmovió la atmósfera.

El pavimento trepidó por segunda vez, en tanto que otra detonación estallaba con tremenda intensidad. Sin poderse contener ya, Martha y Karfax salieron fuera a todo correr.

Un impresionante espectáculo hirió sus retinas apenas se hubieron asomado fuera de la puerta. Numerosos cuerpos, rotos y sangrantes, yacían sobre el suelo, manchándolo de rojo, en tanto que los supervivientes gritaban encarnizadamente, elevando sus puños a lo alto.

Miraron hacia arriba. Una navecilla, de forma discoidea, descendía lentamente hacia el centro de la explanada, brillando como un ascua bajo la triple iluminación de los soles ikenos. Un blanco destello apareció de pronto en uno de los costados del disco y, casi al instante, otra terrible explosión sacudió el pueblo arbóreo.

Una docena de salvajes fueron arrojados y esparcidos en trágicas posturas en todas direcciones. Los demás empezaron a retroceder e incluso a disparar sus inútiles flechas hacia el disco, que continuaba su descenso, pero un cuarto disparo, que barrió el lugar donde más aglomeración había, acabó por convencerles, y los salvajes, lanzando espantosos aullidos, acabaron por huir a la desbandada, dejando tras sí una enorme cantidad de muertos y heridos.

El disco, libre ya el camino, terminó su descenso, deteniéndose a unos centímetros del suelo de troncos. Una escotilla se abrió y una escala fue proyectada al exterior.

Pasaron unos segundos. .

Una cabeza se asomó, luego siguieron los hombros y al fin, un cuerpo humano apareció fuera del plato volador. El individuo bajó ágilmente por la escalera y apenas había tocado el suelo, alguien, desde dentro, le alargó un enorme fusil de extraña factura, pero que daba la sensación de una terrible potencia.

En aquel momento, Karfax lanzó un grito de sorpresa y asombro.

-¿Qué le ocurre? -inquirió ella, asustada por el grito.

El joven se mordió los labios.

-Nada -dijo- excepto que... Bueno, no tardará en saberlo.

Martha no pudo urgir a su compañero a hablar, porque toda su atención se centró en el recién llegado que avanzaba hacia ellos, sorteando ágilmente los cuerpos de los caídos. Uno de los salvajes despertó de pronto y al verlo cerca de sí intentó echar mano a su arco. El desconocido golpeó duramente con su pie la mandíbula del salvaje y éste cayó nuevamente hacia atrás.

Martha examinó a su sabor al hombre que había acudido, de modo tan providencial, a salvarlos. Era éste un individuo de mediana estatura, vestido con ropas muy ajustadas y armado con aquel fusil tan extraño, pero todo esto no hubiera tenido la menor importancia, de no ser por la rara apariencia de su cuerpo. La piel era de un amarillo verdoso muy intenso, y sus ojos tenían una intensa coloración rojiza, que les hacia parecer los de un felino terrestre. El cabello estaba oculto bajo un casco flexible y muy ajustado al cráneo, pero el aspecto de su rostro, alargado, mefistofélico, de cejas en punta, se le hizo a Martha antipático desde el primer momento, sin saber exactamente las causas de aquella aversión.

El desconocido salvó ágilmente la distancia que le separaba de la pareja y se detuvo ante ellos.

-¡Hola! -exclamó a guisa de saludo-. Parece que hemos llegado a tiempo, ¿eh?

-Muy oportuno, por cierto -repuso Karfax-. Y por ello nos creemos en la obligación de darle las gracias más rendidas, señor...

Se interrumpió, esperando la presentación.

Una imperceptible sonrisa apareció en los labios del desconocido.

-Manzer -dijo-. Manzer a secas.

Karfax dijo:

-Gracias. Nosotros somos...

Manzer alzó la mano.

-Por favor, más adelante. Ahora lo que conviene es irnos cuanto antes de aquí, ¿no lo creen ustedes así?

-Por cierto que sí. Sin embargo, ¿cómo se las arreglaron para llegar en el momento más preciso, más oportuno?

-Ya sabíamos de su llegada a Thileaq, Nuestros detectores señalaron la proximidad de una astronave. Suponer que habían caído en manos de Kru'ut y sus muchachos fue cosa fácil. Pero no pudimos llegar antes y lo siento.

-Oh, no se preocupe -dijo Martha-. Para nosotros ha sido como si se hubieran descolgado directamente del cielo. Y a propósito, ¿cuándo nos vamos?

-Ahora mismo -repuso Manzer.

En aquel momento, algo silbó, yéndose a clavar en uno de los troncos de la puerta. Manzer se volvió rápidamente y, echándose el fusil a la cara, disparó.

Una choza cercana voló al momento por los aires, después de una terrible detonación que estremeció el lugar. Manzer vio que un par de salvajes corrían a situarse detrás de un grueso árbol, con los arcos y las flechas en las manos, y volvió a disparar con los mismos y devastadores efectos.

-¡Vamos!-urgió-. No podemos entretenernos mucho. Esta gente no entiende otra cosa que lo que les decimos con los fusiles, pero aun así podrían darnos un verdadero disgusto.

Echaron a correr y treinta segundos más tarde se hallaban en el seguro refugio del disco, el cual ascendió rápidamente, perdiéndose de vista en pocos momentos.

CAPÍTULO IX

El disco volador se elevó raudamente, llevando en su interior a la pareja tan providencialmente salvada del gravísimo riesgo en que habían caído. Aparte de Manzer, solamente había en el aparato otro individuo, de especto muy parecido al anterior, el cual permanecía taciturno y silencioso, sin prestarles la menor atención, ocupado enteramente con el manejo del aparato.

Aunque el arranque fue relativamente brusco, aquel disco estaba provisto de dispositivo antiacelerador, lo cual evitó la incomodidad de tener que sentarse y amarrarse con ligaduras de seguridad. En realidad, y de no haber sido por la visión que les proporcionaban varias amplias lucernas abiertas en los costados del artefacto, ni siquiera se hubieran dado cuenta de que volaban; tal era la suavidad de su marcha.

Pero se movían. El disco ganó altura, elevándose a unos quinientos metros sobre el nivel de aquel inmenso mar de verdor que se extendía bajo ellos y que, espeso, impenetrable, no permitía ver siquiera el suelo del que nacían los árboles. En todo lo que alcanzaba la vista, no se advertía el menor detalle que alterara aquella inacabable capa vegetal.

Durante largo rato, Karfax y Martha estuvieron admirando el panorama que, a fin de cuentas, no carecía de cierta belleza. Pero cuando, alcanzada la altura conveniente, el aparato niveló su marcha y se lanzó hacia adelante a gran velocidad, el joven se volvió hacia su salvador.

Dijo:

-No he de manifestarle, Manzer, cuán agradecidos les estamos por su oportuna llegada. Sin embargo, y antes de que le preguntemos dónde nos lleva, sería muy conveniente que usted supiera nuestros nombres.

Manzer se inclinó.

-Un gran honor para mí, evidentemente.

Karfax se los dijo y entonces el rostro de Manzer varió de expresión. Primero reflejó asombro, y luego cólera que, sin embargo, fue bien pronto contenida.

-Así que usted es el Protector de Ikenia -dijo.

-Ex Protector estaría mejor dicho. Ya no ostento ese cargo, puesto que fui depuesto por una violenta revolución que...

Manzer levantó su mano.

-Conozco los detalles del suceso -exclamó-. Las noticias llegan hasta nosotros, por extraño que pueda parecerle. Se ha hablado mucho en Ikenia de usted y de la señorita Von Wallenstein,

-Ella no es culpable de nada de lo que pueda imputárseme -declaró el joven ardorosamente.

-Por supuesto, excepto ser natural de un sistema bastante detestado por estas latitudes -sonrió

-Pues ustedes tampoco gozan de muchas simpatías que digamos -refunfuñó Karfax, y Manzer se sobresaltó.

-¿Cómo? -exclamó.

-No se crea que ignoramos su condición -dijo Karfax, haciendo como si Martha estuviera también enterada-. Sabemos perfectamente de dónde es usted y aunque por el momento ignoramos lo que hacen aquí, en Thileaq, conocemos perfectamente las pretensiones de la Confederación siriana acerca del «ikenilum».

Manzer crispó los puños al oír las palabras del joven, en tanto que Martha, espectadora relativamente neutral, observaba atentamente los rostros de ambos contendientes.

-Nuestras condiciones son mucho mejores que las que ofrece el Sistema Solar -dijo Manzer.

Karfax se encogió de hombros.

-Ya no soy el Protector de Ikenia, por lo que ese problema me tiene sin cuidado. De todas formas, es muy difícil que en Ikenia accedan ahora, después de lo ocurrido, a establecer pactos con nadie respecto de la explotación y venta del «ikenilum». Oiga, ¿por qué se cree que me han echado a mí de allí?

-Está bien -dijo Manzer después de unos instantes de reflexión-. De todas formas, y como usted ha dicho muy bien, ahora no es más que un ciudadano particular. Poco, pues, puede importarle lo que suceda

de ahora en adelante en tal asunto.

-Así es -replicó el joven.

Y ya no se volvió a tocar más el tema.

El disco continuó volando durante largas horas, a una velocidad media que Karfax reputó en unos quinientos kilómetros a la hora, sin sacudidas ni alteraciones en su ruta. Manzer les proporcionó comida y bebida, cosa que ambos agradecieron sinceramente, y lentamente el día fue acercándose a su término.

Cuando la noche hubo caído, Karfax vio a lo lejos, en el horizonte, un enorme resplandor. Frunció el ceño, tratando de adivinar de qué se trataba, pero, al no conseguirlo, se lo preguntó a Manzer.

El siriano se sonrió.

-No tardarán mucho en verlo ustedes mismos -dijo.

Y en efecto, diez minutos más tarde, el aparato sobrevolaba por encima del resplandor.

Karfax se quedó atónito, lo mismo que Martha, al darse cuenta de la causa de aquel inmenso foco de luz que rompía la noche en una extensión acaso de veinte kilómetros o más. Cientos, miles de altísimos postes, sustentaban reflectores, todos los cuales dirigían sus haces de luz hacia abajo, iluminando una vasta excavación, abierta en el centro de la selva, y en la cual se advertían numerosos edificios, todos ellos de aspecto industrial, así como plantas de fuerza y energía, que concedían al lugar el aspecto de una gran instalación siderúrgica. Vías terrestres y aéreas, éstas del tipo teleférico, eran recorridas constantemente por vagonetas transportadoras de mineral, el cual era descargado en los lugares precisos para su transformación en metal. El movimiento y la actividad eran continuos, febriles, y por todas partes se veían hombres ocupados en sus respectivas labores.

Nadie prestó atención al disco que, habiendo refrenado su marcha, perdió altura, descendiendo con suavidad en un anchuroso patio situado en el centro de un edificio, cuyo aspecto indicaba claramente era el cerebro rector de aquella instalación industrial. Manzer abrió la portezuela del disco y fue el primero en bajar, ayudando a Martha a hacer lo propio. Karfax salió el último, y cuando los tres se hubieron reunido, el siriano echó a andar, guiándoles hacia una de las puertas más cercanas.

Vieron muchas personas de idéntico aspecto al de Manzer, ninguna de ellas pertenecientes al sexo femenino. Todos parecían muy ocupados y no repararon en los recién llegados, los cuales fueron conducidos por su anfitrión a una especie de sala de descanso, donde un sirviente les ofreció bebidas.

Después de unos minutos de reposo, durante los cuales se cruzó entre los tres una intrascendente conversación, Manzer acompañó a sus respectivas habitaciones a Karfax y a Martha, dejándolos allí y prometiendo volverlos a ver al día siguiente, que sería cuando, según afirmó, tendría lugar la explicación definitiva.

Lo primero que hizo Martha fue dirigirse al baño, en donde se aseó convenientemente. Al salir de él, se sorprendió al ver sobre el lecho unas ropas preparadas, completamente nuevas, lo cual no dejó de agradarle, a pesar de que pronto apreció eran de hombre. Pero, no pudiendo elegir, hubo de resignarse a vestir de aquella manera.

Cansada como estaba, no permaneció mucho tiempo en pie. Se echó en la cama y casi al momento de apoyar su cabeza en la almohada se quedó dormida.

Se despertó a la mañana siguiente, cuando los rayos del triple sol de Ikenia le dieron en el rostro. Saltó del lecho y después de un somero aseo, se vistió, hallando que las ropas que le habían proporcionado le sentaban casi como si se las hubieran hecho a su propia medida.

Unos momentos más tarde sonaron unos golpes en la puerta. Martha abrió, encontrándose con un servidor, que se inclinó respetuosamente.

Éste dijo:

-El señor Manzer me encarga la salude en su nombre y ruega a la señorita tenga la bondad de acompañarme al comedor.

Martha asintió, siguiendo al siriano, el cual la condujo a través de un largo pasillo, antes de llegar a cuyo final abrió una puerta, echándose a un lado para que la joven pudiera pasar. Cuando Martha hubo entrado en la estancia vio a tres hombres, los cuales se pusieron en pie inmediatamente.

Uno de ellos era Karfax, Manzer el otro, y el tercero le fue presentado como Dhor Zagga.

-Director de este complejo inicial -agregó Manzer al concluir las presentaciones.

Martha le saludó correctamente y se sentó en la silla que le ofrecía Manzer. Este mismo fue quien sirvió el desayuno, ya de antemano preparado en una mesita adyacente, y mientras duró la comida no se habló de otra cosa que de trivialidades sin importancia, en un ambiente por demás cortés y tranquilo.

Al terminar, Dhor Zagga ofreció cigarrillos y, cuando hubo encendido el suyo, dijo;

-Estoy seguro de que nuestros huéspedes se hallan deseosos de saber qué es esto que tienen ante su vista -y al decir tales palabras, la mano del director señaló el panorama que se advertía a través del amplio ventanal.

-Acaso podríamos parecer indiscretos si hiciéramos preguntas impertinentes -dijo Karfax-. Sólo nos es permitido expresar nuestro agradecimiento...

-Oh -hizo un gesto vago Dhor Zagga-, eso no tiene la menor importancia. Quizá les defraude saber que no es la primera vez que ocurre tal cosa, pero siempre que nuestros detectores han señalado la proximidad de una astronave, hemos ido a Kru'ut y nos ha entregado sus prisioneros.

-¿Empleando los mismos métodos que ayer? -Sonrió Karfax.

-Por supuesto -rió Dhor Zagga-. Nunca lo haría de grado. A veces, es lamentable confesarlo, hemos llegado tarde. Sin embargo, en su caso tuvieron suerte.

-Por poco estuvimos a punto de ser sacrificados a su ídolo. Por cierto -inquirió el joven-, ¿quién les proporcionó aquel fragmento de «ikenilum»? Vale una pequeña fortunita, según tuve ocasión de apreciar.

Dhor Zagga se encogió de hombros.

-¿Quién sabe? -dijo con fingida indiferencia-. Pero dejemos ese tema y hablemos de lo nuestro, ¿quieren?

-Estamos a su disposición, Dhor Zagga -repuso el joven.

-Muy bien. Entonces, Karfax, supongo que no le extrañará saber que esto que sus ojos están viendo es una instalación para la extracción y producción del «ikenilum» en grandes cantidades, ¿verdad?

-Algo de eso me había supuesto yo -contestó Karfax-. Pero, si mi memoria no me es infiel, están ustedes quebrantando las leyes de Ikenia al producir «ikenilum» de modo clandestino.

Dhor Zagga miró a Manzer y ambos rompieron a reír.

-¿Clandestino? -repitió el primero-. Sinceramente, Karfax, ¿usted cree que una planta industrial de tal volumen puede mantenerse en el secreto? Me refiero a cierto grado de secreto, naturalmente. Pueden ignorarlo unas personas, pero saberlo otras, ¿me comprende?

Karfax sonrió, en tanto Martha asistía interesadísima a la conversación.

-Se está usted aprovechando de mi destitución, señor Dhor Zagga.

-Oh, naturalmente. Usted ya no puede causarnos ningún daño; es ya un ciudadano cualquiera de Ikenia, sin la menor jurisdicción sobre este planeta.

-Claro, claro -asintió el joven-. Y, supongo, ustedes tendrán mucho interés en que ese secreto se mantenga, ¿no es cierto?

-Desde luego; pero no se preocupe, Karfax; nadie, fuera de los interesados, lo sabe, ni lo sabrá.

Los ojos del joven se dirigieron entonces hacia Martha.

-La señorita pertenece al Sistema Solar, el cual tiene preferencia sobre todos los demás en las concesiones de «ikenilum». Divulgar la existencia de esta fábrica podría provocar un grave conflicto.

Dhor Zagga se inclinó hacia adelante.

-¿Cree usted, Karfax, que la señorita Von Wallenstein «podrá» divulgar nuestro secreto?

-Si lo que pretende decirnos es que estamos en sus manos, por supuesto que no, no divulgará tal secreto. Pero un día u otro se sabrá y entonces...

-Oh, no pase cuidado, Karfax -sonrió Dhor Zagga presuntuosamente-. Estamos bien protegidos, incluso contra un ataque por sorpresa. Además, existe un completo acuerdo con, digamos ciertas personas de Ikenia, lo cual nos garantiza la completa tranquilidad en la fábrica. No pasará nada, se lo aseguro.

Karfax aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

-Entonces, no me queda otro remedio que felicitarles, señores. Supongo que la ilimitada provisión de «ikenilum» que de aquí se extrae procurará a la Confederación Siriana un poder realmente fabuloso.

-Así es, Karfax. Pero puede, dormir tranquilo; no usaremos nuestra ventaja en un conflicto bélico que a la larga sólo podría acarrearnos graves perjuicios.

-Un modo de pensar verdaderamente sensato, Dhor Zagga. Ahora bien, queda en pie una posibilidad.

-¿Cuál? -preguntó el director de la fábrica.

-Ha dicho antes que hay varios ikenos enterados de la existencia de esta explotación. ¿Qué ocurrirá si el conocimiento de esto se hiciera público?

Dhor Zagga se encogió de hombros.

-Tendríamos que considerar entonces tal situación, Karfax.

-Usted mismo ha dicho antes que no es la primera vez que una astronave ikena cae aquí, en Thileaq. Sus tripulantes, los que sobrevivieron, a la fuerza hubieron de enterarse de su secreto.

-¡Pues claro que sí! Pero -y los ojos de Dhor Zagga brillaron entonces con inusitada ferocidad-, ninguno de ellos ha podido repetirlo.

Al oír estas palabras, Martha no se pudo contener y lanzó un grito de espanto. Dhor Zagga la miró y, sonriendo para tranquilizarla, dijo:

-No tenga cuidado, señorita; no somos asesinos. Esos hombres viven todavía.

-Como esclavos suyos, ¿verdad, Dhor Zaga? -preguntó Karfax.

-Nosotros los llamamos trabajadores. Es una palabra que no hiere tanto a los oídos, ¿no le parece?

La muchacha no se pudo contener y se puso en pie, con los ojos llameantes por la indignación.

-¿Es que piensan tenernos aquí encerrados de por vida? -exclamó, terriblemente excitada.

-Mi querida señorita, comprenda que nosotros no podemos hacer otra cosa -repuso el director-. Naturalmente, no la someteremos a ningún trabajo oneroso, pero...

-...no podré volver a la Tierra, ¿no es eso lo que quiere decir?

Dhor Zagga hizo un gesto de resignación.

-Soy una ciudadana del Sistema Solar -exclamó la joven con vehemencia no fingida-. Exijo que se me ponga inmediatamente en libertad y, si ustedes no quieren o no pueden proporcionarme medios de transporte, que avisen a mi país para que vengan a buscarme.

-Eso que usted pide es absolutamente imposible, señorita. Compréndalo de una vez -dijo con duro tono Dhor Zagga, y Martha supo al instante que sería inútil insistir.

Entonces Karfax dijo:

-¿Y yo? ¿También tendré que empujar una vagoneta?

-Oh, claro que no. A fin de cuentas, usted, hasta hace muy poco, ocupaba un cargo realmente elevado. No podemos darle el mismo empleo que a un hombre corriente. De todas formas, es prematuro pensar en tal cosa por ahora. Lo mejor que pueden hacer es descansar unos días. Manzer, si quieren, les enseñará con sumo gusto las instalaciones. Lo he asignado como su guía en los primeros tiempos de su estancia aquí.

-¿Como guía... o como carcelero?-preguntó ácidamente la joven.

Pero Dhor Zagga no pudo responder a las palabras de Martha, porque en aquel momento alguien reclamó su atención. Karfax estaba junto al ventanal y le llamó:

-Dhor Zagga, ¿qué son esos tubos tan grandes?

El director de la fábrica se le acercó. Vio lo que Karfax señalaba y respondió:

-Son las conducciones de agua para la refrigeración de las plantas de energía. Grandes, ¿eh?

-Sí -murmuró el joven, muy pensativo. Siguió mirando unos minutos más aquellos tubos, tres, de unos dos metros de diámetro cada uno y de una enorme longitud, que corrían casi paralelos, a poquísima

distancia el uno del otro. Nacían en la selva y corrían en sentido descendente hasta llegar al centro de la excavación, la cual se hallaba a unos doscientos metros bajo el nivel de los árboles, escondiéndose allí en un colosal edificio, del cual arrancaban de nuevo en sentido ascendente, hasta perderse en el lado opuesto del hoyo, en el bosque.

-El agua refrigera nuestras máquinas y sirve también para mover unas turbinas que proporcionan energía adicional. Después, unas potentes bombas la impelen hacia arriba, arrojándola a un cauce que la lleva lejos de aquí.

-Una solución realmente ingeniosa, Dhor Zagga. Realmente, les habrá costado mucho el montaje de toda esta instalación.

-Pero rinde -declaró el siriano con orgullo justificado.

-¿Y está seguro de que, salvo esos pocos ikenos, de los cuales, ustedes, como es lógico, están bien seguros, no lo sabe nadie más?

-Sobre eso no hay la menor duda, Karfax.

El joven sonrió y encendió un segundo cigarrillo con gesto negligente. Expulsó el humo y dijo:

-La lástima es que un día se rompa ese secreto y los ikenos se enfaden con ustedes.

-Eso no puede ocurrir. Estamos bien protegidos contra toda suerte de ataques, Karfax -declaró presuntuosamente el siriano.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios del joven, el cual dijo:

-¿Están ustedes seguros?

Dhor Zagga se amoscó.

-No tengo necesidad de repetírselo, Karfax. ¿A qué viene tanta insistencia?

-Oh, por nada, por nada -replicó el aludido-. Sólo que... ahora podremos comprobar la veracidad de sus asertos, Dhor Zagga, porque es conveniente que sepa que una potente flota de guerra ikena se dirige hacia acá en estos momentos.

Dhor Zagga y Manzer palidecieron horriblemente ante la inesperada noticia que, con toda frialdad, acababa de darles Karfax, Martha, por su parte y de un modo completamente instintivo, buscó el refugio del

hombre, ocultándose a medias detrás de sus anchos hombros.

Karfax consultó su reloj de pulsera y, en aquellos momentos, como una estruendosa confirmación de sus anteriores palabras, las sirenas de alarma empezaron a aullar.

CAPÍTULO X

El ulular de las sirenas pareció detener todos los trabajos, en tanto que las personas que ocupaban aquella habitación reaccionaban de muy distintas maneras.

Los sirianos se habían quedado sin habla, en tanto que Karfax, sonriente, les miraba impertérrito. Martha, a su lado, aguardaba la explosión de cólera de Dhor Zagga y Manzer que, a buen seguro, no iba a tardar mucho en producirse.

-Así, pues -dijo al cabo el director, temblando de ira-, todo ese asunto de su destitución no fue más que una farsa, Karfax.

-Quizá.

Martha abrió los ojos, deslumbrada, comprendiendo ahora muchas cosas que hasta entonces le habían parecido completamente nebulosas. Karfax sonrió.

-Puede usted calificarlo así, si es su gusto, amigo Dhor Zagga -repuso el joven.

-Pero hubo una revolución; hubo muertos y heridos... Delligar uno de ellos; incluso Raidar, el jefe de su guardia.

-Algo muy lamentable, en efecto, Dhor Zagga. Me hubiera gustado que las cosas se hubieran hecho con un poco más de legalidad, sin apelar a la fuerza bruta, pero no hubo más remedio, sí nuestro plan quería tener éxito. Los traidores no tienen sitio en Ikenia -concluyó el joven con tono duro.

-De modo que usted sabía que le traicionaban -murmuró el director.

El joven se encogió alegremente de hombros.

-¿Qué es lo que pensaban ustedes de mí? ¿Acaso creyeron que era un tipo que se preocupaba únicamente de interpretar a Bach y Haendel correctamente? ¿De qué iban a servir, pues, tantos y tantos años de «tests» y pruebas antes de serme conferido definitivamente el título de Protector? No se da este cargo a un inútil, precisamente, aunque esto, de modo indirecto, constituya un elogio para mí. Pero el «ikenilum», si bien es una fuente de riqueza para mi pueblo, también es una fuente

de males y estaba, y estoy, dispuesto a solucionar de una vez este asunto, de modo que no pueda causarnos más disturbios en los años venideros.

Una perversa sonrisa apareció en los labios pálidos de Dhor Zagga.

-Me parece que usted no tendrá ocasión de ver esos disturbios, mi querido Karfax -dijo, y el joven alzó nuevamente sus hombros.

-Otro Protector vendrá y sustentará el mismo criterio. Además, las naves de guerra ikenas llegarán de un momento a otro y destruirán todo esto, de tal modo que, en lo sucesivo, nadie pueda volver a sentir veleidades de fabricar «ikenilum» por su cuenta.

-Veremos a ver si sus naves son capaces de franquear nuestras defensas, Karfax. Por de pronto, les dirigiremos una intimación, diciéndoles que si no se retiran, usted y la señorita morirán inmediatamente.

-Tienen órdenes severísimas, de modo que, aunque pudieran matarme mil veces, no por ello conseguirían frenar su ataque; únicamente si sus armas defensivas son mejores que las nuestras ofensivas, conseguirán algo práctico. En caso contrario... -y el joven, dejando inconclusa la frase, permitió que la duda quedara flotando en el ambiente.

Una mueca de rabia contorsionó el rostro de Dhor Zagga. Sin volver la cabeza, ordenó:

-Manzer, vaya al departamento de transmisiones y póngase en contacto con el mando de la flota ikena. Explíqueles la situación y dígales que, al menor intento ofensivo, Karfax y la señorita que le acompaña, morirán irremisiblemente.

Manzer saludó y salió a cumplir la orden. En cuanto al otro, se dirigió a una mesa y tomó de un cajón de la misma una pistola atómica, con la cual encañonó a la pareja.

-En el momento en que la primera de sus naves lance una bomba, dispararé contra ustedes.

Karfax no contestó. Sintiendo junto a sí el cuerpo de Martha, pasó su mano por los hombros de la muchacha, atrayéndola hacia sí. Luego, su vista se dirigió hacia el exterior, en donde todos los trabajos se habían paralizado absolutamente, en tanto que los trabajadores corrían alocadamente de un lado para otro, buscando un refugio.

Pasó un minuto, durante el cual no se oyó otra cosa que el griterío exterior y el ininterrumpido aullido de las sirenas. De pronto, Karfax lanzó un suspiro y, soltando a Martha, miró su reloj de pulsera.

-¡Caramba! -dijo-. ¿Se me habrá parado? -levantó la cabeza y sonrió-: Es de un tipo algo anticuado, ¿sabe? Voy a ver... quizá le falte cuerda...

Dhor Zagga no contestó; continuaba en la misma postura, encañonando firmemente a la pareja. Karfax, entretanto, se quitó el reloj de la muñeca, como para hacer lo que había dicho y, bruscamente, con un movimiento rapidísimo, lo lanzó a los pies del siriano.

Hubo una apagada detonación, al mismo tiempo que un vivísimo relámpago inundaba de luz la estancia, con un brillo muy superior al que proporcionaban los tres soles del sistema, Simultáneamente con el colosal chispazo, una espesísima nube de humo blanco brotó del suelo, extendiéndose por la habitación con prodigiosa rapidez.

Al mismo tiempo que lanzaba el reloj al suelo, Karfax dio un fuerte empujón a Martha, echándola a un lado, fuera de la posible línea de tiro de la pistola atómica.

Prevenido acerca de lo que iba a ocurrir, cerró los ojos para no ser deslumbrado por el fogonazo, arrodillándose también al mismo tiempo, de modo que el primer disparo de Dhor Zagga pasó inofensivamente por encima de su cabeza. Dhor Zagga, sorprendido por aquella argucia que ciertamente no se había esperado, lanzaba espantosas maldiciones, en tanto trataba de hallar un hueco en medio del densísimo humo que llenaba totalmente la estancia.

Pero Karfax no dejó que el otro se recobrara. Apenas el humo le hubo ocultado, se lanzó hacia adelante, con los brazos extendidos. Sujetó la muñeca armada con una férrea presa, y después disparó el puño derecho.

Se oyó el crujido de unos dientes y a continuación, Karfax notó que el cuerpo de Dhor Zagga se relajaba. Le arrebató la pistola y luego se puso en pie.

-¡Martha! -siseó a través del humo-. ¿Se encuentra bien?

-Sí, pero... ¡ya podía usted haber avisado! -se quejó la joven-. El susto que me ha dado... ¿Dónde está, que no le veo?

Karfax se echó a reír. Tanteando en medio de la espesa niebla, buscó hasta hallarla, tomándola de la mano y ayudándola a ponerse en pie.

-Venga -dijo, encaminándose hacia la puerta, y, de pronto, de un modo casi tan instantáneo como se había producido, el humo desapareció, quedando la atmósfera tan limpia como antes.

-¿Qué milagro es este? -exclamó Martha, asombradísima.

-No hay milagro que valga -rió él-. Dentro del reloj había una minúscula cápsula con una sustancia que, al choque, fue la que produjo la llamarada y el humo. Tiene la propiedad de, al cabo de unos minutos, ser absorbido por la atmósfera, de modo completamente inofensivo.

-Es usted un truquista -dijo ella, un tanto enojada-. ¿Qué hacemos aquí ahora? ¿Por qué no nos vamos?

Karfax se situó junto a la puerta, atrayendo a la muchacha por el talle hacia sí. La miró a lo hondo de los ojos de un modo tal que Martha no pudo por menos de estremecerse.

-Hemos de aguardar la vuelta de Manzer para sorprenderle. No podemos correr el riesgo de encontrarnos con él a la vuelta de cualquier esquina, ¿comprende?

La muchacha asintió con un leve movimiento de cabeza. Luego, repentinamente, preguntó:

-¿Cómo estaba usted tan seguro del día y la hora en que la flota ikena iba a atacar estas instalaciones?

-Verá -dijo Karfax-: nosotros ya sospechábamos algo de lo que ocurre. Sólo nos faltaba confirmarlo y... Bien, hube de ser yo quien trazara el plan, aunque, a decir verdad, la inoportunidad de algunos exaltados estuvo a punto de echarlo todo a rodar. El reloj que arrojé contenía también una pequeña, pero potente emisora de radio, capaz únicamente de emitir determinada señal. Anoche, al tiempo de dormir, di la señal y... Bueno, la verdad es que la flota ikena nos ha estado siguiendo durante todo el tiempo, aguardando en el espacio, a una distancia prudencial, a que yo los llamara con mi señal. Eso es todo.

Martha miró a Karfax con admiración.

-¡Un plan magnífico! -exclamó, añadiendo-: Pero arriesgadísimo.

-Tenía que hacerlo así; no había otro remedio, compréndalo.

La muchacha asintió con la cabeza y se disponía a hablar de nuevo, cuando Karfax la impuso silencio, poniéndose el dedo sobre los labios. Luego la colocó detrás de sí y aguardó.

Casi en el mismo instante, la puerta se abrió y Manzer irrumpió en la estancia.

-¡Dhor Zagga! -exclamó en voz alta-. La flota ikena responde que va a atacar casi de inmediato, aunque... ¿Eh? ¿Qué es eso?

Manzer se interrumpió repentinamente al ver a su jefe tendido en el suelo, en un estado de total inconsciencia. Lanzó un rugido de cólera y giró sobre sus talones, al mismo tiempo que echaba mano a la pistola que le colgaba del cinturón.

Pero era ya demasiado tarde; el puño derecho de Karfax volaba hacia su mandíbula con la potencia de un ariete.

Karfax meneó la cabeza al ver derrumbarse a Manzer. Suspiró:

-¡Hay que ver! ¡Cuanto más altos...! -e interrumpiéndose, se inclinó sobre el caído, arrebatándole la pistola, que entregó a Martha-. Tome, acaso tenga necesidad de utilizarla. Y ahora, ¡vámonos de aquí!

Tomándola de la mano, echaron a correr por el pasillo. De pronto, se encontraron con un siriano, al cual encañonó el joven.

-Enséñanos dónde está la sala de transmisiones -dijo Karfax, y el esbirro, temblando de pavor ante la amenaza de la pistola, echó a andar precediéndoles.

Se detuvo dos minutos más tarde delante de una puerta.

-¡Aquí es! -dijo, y en el mismo instante, el puño de Karfax le golpeó detrás de la oreja, fulminándolo.

El joven pasó por encima del cuerpo del siriano e hizo girar el pomo de la puerta. Había dos hombres allí, en la estancia, la cual era bastante grande y estaba llena de potentes aparatos transmisores y receptores, en los que los dos únicos ocupantes estaban trabajando activamente.

Los sirianos se volvieron al ver los intrusos. Uno de ellos, considerándolos al instante como enemigos, Intentó echar mano a una

pistola que tenía al alcance de la mano

Karfax decidió dar de lado toda consideración y apretó el gatillo. El siriano se esfumó instantáneamente. El otro, por el contrario, levantó las manos en alto en un gesto harto significativo.

-Vigile la puerta, Martha -dijo el joven, y ella obedeció.

Karfax dio una orden al operador, y éste comenzó a transmitir un mensaje, que no fue muy largo.

Cuando hubo terminado y recibido la respuesta, el joven lo atontó, al igual que los otros, arrojándolo al suelo sin contemplaciones.

Retrocedió hasta la puerta, después de haberse apoderado de la tercera pistola, y desde allí empezó a disparar, destrozando las instalaciones hasta que estuvo seguro de que aquellos aparatos no funcionarían ya nunca más. Entonces volvió a tomar la mano de Martha y echaron a correr de nuevo.

Ahora se dirigieron hacia la salida a toda velocidad. No tardaron en alcanzarla, hallándose en una explanada que dominaba todo el complejo industrial, el cual se encontraba absolutamente paralizado.

Karfax dudó unos segundos; luego dijo:

-Vamos a trabajar un poco, Martha -y reanudó la marcha.

-¿Dónde vamos? -exclamó ella, dándose cuenta de que se dirigían hacia el centro de la enorme hondonada, en lugar de apartarse de ella.

-Ya lo verá. Sígame y no haga tantas preguntas.

Sorteando edificios, caminaron hasta hallarse a corta distancia de los tubos de conducción del agua. Karfax dudó un instante, mientras buscaba algo con la vista.

No tardó en hallar lo que deseaba. Había una enorme grúa muy cerca de allí, y siempre seguido por la muchacha, trepó por la escala de acceso a la cabina de control, sin llegar a ésta, quedándose a mitad de camino, de modo que desde allí pudiera dominar ampliamente los tres acueductos.

En cuanto hubo conseguido lo que deseaba, apretó el gatillo en dirección a uno de los tubos. Un enorme boquete se abrió al instante y el agua saltó fuera, en un potente chorro a grandísima presión. Karfax

continuó disparando hasta partir el tubo en dos, y luego hizo lo mismo con los restantes, de modo que, en pocos segundos, el lugar comenzó a inundarse.

-Eso que hace es una locura, Karfax -protestó la muchacha-. Destruir unas instalaciones tan estupendas es un acto de completa locura.

-Menos de lo que usted cree -repuso él, impertérrito, viendo el agua, en enormes cataratas, extenderse por todas partes hacia abajo. De lo lejos brotaron gritos de pavor y un numeroso grupo de hombres comenzó a correr, huyendo de la catástrofe.

-No es hora todavía de que Thileaq sea explotado -continuó el joven-. Hay otros planetas de nuestro sistema cuyas minas están en pleno rendimiento y con los cuales podemos arreglamos para no carecer en absoluto de existencias de «ikenilum», por fuerte que sea la demanda. Ya llegará el momento en que pueda trabajarse aquí, pero, entretanto...

Martha comprendió las intenciones de Karfax. Poco a poco, el agua, sin dejar de fluir, porque ya no habla fuerza humana capaz de arreglar la rotura del triple acueducto, acabaría inundando la concavidad y anegando bajo su superficie todas las instalaciones mineras que los sirianos hablan montado con tanto esfuerzo.

-Pero la Confederación Siriana protestará -objetó ella.

Karfax se echó a reír.

-¿Por qué va a protestar? ¿Por la destrucción de algo que, oficialmente, no ha existido nunca? Oyó que el mismo Dhor Zagga confesaba la clandestinidad de estas instalaciones, ¿verdad? Por lo tanto, la Confederación habrá de tragarse esta derrota y soportar sus consecuencias.

-Que no serán otras que, aparte de la pérdida que esto le supone, tener que ir a comprarles a ustedes el «ikenilum» que precisen.

-Exactamente -sonrió él, mirándola.

Martha guardó unos instantes de silencio; después dijo;

-Es usted muy astuto, Karfax, diabólicamente astuto. A pocos se les habría ocurrido un plan como éste.

Él se echó a reír.

-¡Por favor! ¡Usted me sobrevalora, Martha! Hubo alguien que me ayudó bastante a desarrollar el plan. Por supuesto, que he tenido que llevarlo a la práctica, pero esto no era sino una obligación inherente a mi cargo.

-¿Y si hubiera muerto en el empeño?

Karfax se encogió de hombros.

-Riesgos del oficio -dijo, y entonces ella se acordó de una cosa.

-¿Quién fue el que le ayudó a elaborar el plan, Karfax?

El joven iba a contestar, pero en aquel momento exclamó:

-¡Mire, mire! ¡Las ratas abandonan el barco que se hunde!

En efecto, centenares, miles de personas, corrían desoladas, huyendo de la catástrofe que se avecinaba, en espesas bandadas. Muchas de ellas utilizaban toda suerte de vehículos, tratando de llegar cuanto antes a lugar seguro. En algunos lugares, el agua lo cubría ya todo, y entonces fue cuando Karfax dijo:

-Creo que es ya hora que nos vayamos de aquí, Martha.

Descendieron de la grúa y echaron a andar. Ella quiso apremiarle, pero el joven meneó la cabeza.

-No es necesario -respondió-; tenemos tiempo de sobra.

Caminaron tranquilamente, en medio de la marea de fugitivos que trataba de escapar de allí a todo trance. Seguramente se había extendido la noticia de que las naves de guerra ikenas iban a atacar, aparte de la catástrofe que suponía la rotura de los tubos de conducción del agua, los cuales vertían centenares de metros cúbicos de líquido por segundo, y todo el mundo trataba de hallar su salvación al precio que fuera. Nadie se preocupó de la pareja, la cual pudo proseguir su camino sin ser molestada en absoluto, pese al horrendo desbarajuste que allí reinaba.

Se oyeron de pronto algunas detonaciones que les hicieron girar la cabeza. Vieron que algunas altas torres metálicas caían y entonces Karfax se apercibió de algunos puntitos negros en la atmósfera.

-No tema -dijo, advirtiendo las aprensiones de la muchacha-. Son los nuestros.

-Sí, pero desde allá arriba no nos verán.

-Es solamente un medio intimidatorio que emplean para acabar de espantar a los sirianos.

-Dhor Zagga dijo que tenían poderosos medios de defensa.

-Por supuesto. Y nadie lo niega. Pero, con toda seguridad, no hay gente que los maneje. El pánico se ha extendido ya y nadie podrá detener la desbandada. ¡Fíjese!

Un par de discos voladores se elevaron rápidamente, tomando altura y perdiéndose en la lejanía con vertiginosa velocidad. Cerca de ellos, ya en la explanada anterior al edificio central, había dos o tres artefactos más, ante los cuales numerosas luchas individuales por apoderarse de un puesto en ellos.

Uno de los discos se elevó de pronto, llevando encima a media docena de sirianos que, desesperados, no habían querido soltarse. Pero no había ningún asidero en la lisa cáscara exterior del artefacto, y aquellos infelices fueron desprendiéndose uno a uno, volteando trágicamente en el aire antes de destrozarse contra el suelo.

Martha apartó su vista de aquel conjunto de horrores, oprimiéndose contra el joven. En aquel momento, dos personas salían del edificio, corriendo alocadamente.

Karfax vio a aquellos dos hombres y trató de ocultarse, junto con la joven, detrás de una potente excavadora.

Pero era tarde ya; Dhor Zagga y Manzer les habían visto y disparaban contra ellos furiosamente, enloquecidos de rabia por la destrucción de lo que ellos consideraban como su obra.

Los proyectiles empezaron a desintegrar el metal en torno suyo. Karfax trató de hallar otro refugio, sin conseguirlo, y se dijo que, ahora que parecían haber concluido todas sus aventuras, se hallaban en peor situación que nunca.

Arriesgándose a todo, sacó el brazo y disparó un par de veces, abriendo sendos hoyos a los pies de sus enemigos. Éstos retrocedieron un poco, sin dejar de disparar y luego, de repente, se separaron, tratando de tomar a la pareja entre dos fuegos.

Karfax lanzó una maldición en tono bajo. Con aquello no había contado él y realmente era un aprieto nada fácil de solucionar. Un

proyectil estalló muy cerca, abriendo ancho boquete en una plancha inmediata y obligándole a esconder la cabeza.

Pero en aquel momento, uno de los discos trataba de remontarse. Su piloto no debía ser muy hábil, porque hizo una maniobra completamente antiacadémica, volando lateralmente, casi a ras del suelo.

Dhor Zagga se dio cuenta de aquello e intentó esquivar la embestida del artefacto. Era ya tarde para conseguirlo, y uno de los costados del disco le rozó, lanzándolo a gran distancia, con terrible fuerza, hacia una pared, contra la que chocó con siniestro crujido de huesos. Cayó al suelo y no se movió más.

Pero todavía estaba Manzer, el cual podía resultar un enemigo peligroso, porque sus disparos no tenían traza de interrumpirse. Sin embargo, las naves ikenas se estaban aproximando, y una de ellas, a modo de advertencia, lanzó un par de descargas.

El suelo tembló con las explosiones, en tanto que espesas nubes de polvo y humo se elevaban a lo alto. De pronto, algo sonó metálicamente, como si hubieran golpeado una campana gigante.

El último disco que quedaba acababa de recibir un impacto directo. Se agitó horriblemente en el aire unos instantes y luego se precipitó a plomo contra el suelo. Al llegar a él, se deshizo con un enorme ruido de metales desgarrados, aplastando bajo su masa a una docena de infelices que no habían tenido tiempo de escapar.

Karfax escondió la cabeza unos segundos, y luego la asomó con las debidas precauciones. Le extrañó ver que Manzer ya no disparaba, pero pronto tuvo la explicación de ello al advertir un embudo cercano, abierto por una de las explosiones, en uno de cuyos costados se veían unas siniestras manchas rojas.

Entonces fue cuando el joven respiró aliviado y se incorporó totalmente. Dijo:

-Creo que todo ha pasado ya, Martha.

Efectivamente; unos cuantos aparatos ikenos perdían altura, evidentemente para completar la ocupación del terreno, sin que nadie osara oponerles la menor resistencia. Aún dispararon varias veces, con granadas de explosivo común, para evitar una mayor contaminación de la atmósfera, y luego acabaron por posarse en el suelo.

Entonces fue cuando la pareja salió a sitio descubierto. Karfax agitó ambos brazos, hasta que su presencia allí fue advertida, y unos segundos más tarde, un numeroso grupo de ikenos, armados hasta los dientes, se dirigía hacia ellos.

Al reconocer a Karfax, hubo una general explosión de alegría. Y Martha reconoció, con infinito asombro por su parte, al hombre que encabezaba el grupo.

-¡Ardath! -exclamó, atónita.

-El mismo -sonrió Karfax.

-Pero... pero ¿no estaba... en la acera de enfrente?

-Cuando se trata del interés común no deben existir diferencias entre los ikenos -dijo Karfax significativamente, y Martha supo que ya antes de emprender la aventura los dos hombres habían obrado de común acuerdo.

Sin embargo, después de los primeros saludos y efusiones, Martha tenía que decir algo.

-Bien -dijo, mirando a Karfax con aire retador-; todo se ha solucionado a favor de Ikenia. Pero queda, no obstante, algo por resolver.

-¿De qué se trata? -preguntó el joven.

Martha contestó:

-De aquello para lo que me enviaron de la Tierra, ¿o no lo recuerda ya? Tenemos que arreglar...

Las manos de Karfax se apoyaron sobre los hombros de la joven.

-Si; tenemos que arreglar ese asunto. Y le prometo que haré todos los posibles por llegar a un acuerdo que resulte beneficioso tanto para el Sistema Solar como para Ikenia. Pero mientras llega ese momento, ¿por qué no solucionamos otro asunto más... digamos particular?

-No le entiendo -dijo ella débilmente, pero sabiendo que mentía.

-Pues es muy sencillo. Para arreglar este asunto no se necesitan más que dos personas: ¡tú y yo!

A su pesar, Martha se sintió atraída hacia el hombre. Quiso resistirse, pero acabó por ceder.

-Bueno -suspiró-; me parece que no habré de poner muchos inconvenientes.

-Una manera muy sensata de obrar -dijo Karfax, y la besó sin que ella opusiera la menor resistencia, Ni siquiera se enteró de las aclamaciones con que los ikenos saludaban aquel acto.

FIN